

## SAN FRANCISCO COLL, O.P., O LA «PASIÓN DE PREDICAR»

Fr. Vito-Tomás GÓMEZ GARCÍA, O.P.  
*Postulador general*

### *Introducción*

El 11 de octubre de 2009 fue canonizado en la basílica de San Pedro del Vaticano fr. Francisco Coll y Guitart, dominico, que vivió entre 1812 y 1875. Benedicto XVI afirmó en la homilía que «su pasión fue predicar, en gran parte de manera itinerante y siguiendo la forma de “misiones populares” con el fin de anunciar y reavivar por los pueblos y ciudades de Cataluña la Palabra de Dios, ayudando así a las gentes al encuentro profundo con Él»<sup>1</sup>. Una afirmación similar hizo también Juan Pablo II al beatificarlo el 29 de abril de 1979: «Lo que más impresiona al acercarse a la vida del nuevo Beato es su afán evangelizador. En un momento histórico muy difícil, en el que las convulsiones sociales y las leyes persecutorias contra la Iglesia, le hacen abandonar su convento y vivir permanentemente fuera de él, el Padre Coll, colocándose por encima de inspiraciones humanas, sociológicas o políticas, se consagra enteramente a una asombrosa tarea de predicación [...]. En sus incontables correrías apostólicas por toda Cataluña a través de memorables misiones populares y otras formas de predicación, el Padre Coll —Mosén Coll para muchos— es trasmisor de fe, sembrador de esperanza, predicador de amor, de paz, de reconciliación entre quienes [por] las pasiones, la guerra y el odio [se] mantenían divididos»<sup>2</sup>.

Rasgo fundamental, centro de la vida del nuevo Santo, es la *predicación*, ministerio que realizó en fidelidad a la vocación, tras las huellas de Santo Domingo y de tantos integrantes de la Orden de Predicadores a lo largo de los siglos. Fue, por encima de todo, un predicador de enorme relieve, y como tal debe recordarse en la historia de la Iglesia, en una época que el propio Papa Juan Pablo II calificó de *muy difícil*. Se mostró consciente de los desafíos radicales que la corriente de la *Ilustración* y el *Liberalismo* plantearon a los cristianos, negándoles carta de ciudadanía en la sociedad del futuro. Sin embargo, profundamente arraigado en la fe, logró no sólo salvar su persona del naufragio en que tantos perecieron, sino que se colocó al lado de numerosos apóstoles que lograron

---

<sup>1</sup> *L'eroismo dei santi, per un salto di qualità*, en *L'Osservatore Romano*, CXLIX n. 236 (45.279), lunedì-martedì 12-13 ottobre 2009, p. 6.

<sup>2</sup> *Acta Apostolicæ Sedis* LXXI, 15 Maii 1979 n. 7, p. 586.

construir un mundo renovado desde la consolidación de los cimientos que apoyan la vida de la Iglesia.

Es verdad que las leyes persecutorias que se promulgaron contra los religiosos en España le hicieron *abandonar el convento* cuando sólo contaba 23 años de edad. Desde entonces se vio obligado a *vivir permanentemente fuera de él*. Estas circunstancias anómalas para el común de la vida religiosa no desdibujaron su identidad dominicana. Por el contrario, puede decirse que contribuyeron a que manifestara claramente la seriedad con que profesó en el convento de la Anunciación de Gerona en octubre de 1831. Aunque «exclaustrado» no se consideró con dispensa de pertenencia al «claustro». Se había incorporado a él de corazón y permaneció siempre fiel a las constituciones profesadas. Una persona muy de su entorno, fr. Francisco Enrich, O.P., víctima como él de los atropellos contra la libertad religiosa, al trazar su semblanza en 1875, calificó la exclaustración de sufrimiento cercano al martirio<sup>3</sup>. Sus contemporáneos lo apreciaron y elogiaron como dominico de cuerpo entero, heroico, precisamente, en la vivencia del carisma de predicador. Con expresión feliz lo sintetizó el canónigo de Vic, Jaume Collell: *El celo que le devoraba le salvó de la inercia de la exclaustración*, y añadía que se entregó a las tareas de misionero, *de las que reportó opimos frutos en las cuatro provincias de Cataluña*<sup>4</sup>.

La providencia ha querido que su canonización se enmarcara dentro de un «Año Sacerdotal» decretado por Benedicto XVI para 2009-2010. Como su contemporáneo, San Juan M<sup>a</sup> Vianney, *el Cura de Ars*, vivió a fondo la gracia del sacerdocio. Ambos encontraron apoyo en sus respectivas madres para descubrir y secundar la vocación, en momentos especiales les proporcionó aliento algún destacado sacerdote, fueron hermanos y apóstoles de sacerdotes, animaron grupos religiosos y fundaron centros de formación, utilizaron el púlpito para proclamar el evangelio, convirtieron el confesonario en punto de encuentro con miles de personas a las que abrieron las fuentes del perdón y de la gracia, apreciaron la oración como alma de su apostolado.

#### *1.- Llamado al «servicio generoso de la Palabra de Dios»*

Fue el Papa Honorio III quien señaló para Santo Domingo y su Orden el servicio eclesial que sintetiza el entrecomillado del título. Lo formuló en una bula fechada el 21 de enero de 1217. Días antes el Santo castellano había experimentado en lo más hondo de su alma una acción del Señor en forma de mandato, transmitido por medio de los príncipes de los Apóstoles. Se hallaba en oración junto al sepulcro de San Pedro en la basílica vaticana cuando recibió un encargo de trascendencia secular. Absorto en oración le pareció ver ante sí a San Pedro y San Pablo. El primero le entregó un bastón, y San Pablo un libro. Ambos le dijeron: «Ve, predica, porque has sido elegido por Dios para este ministerio».

<sup>3</sup> «Arrojado del claustro por la revolución de 1835, (sacrificio para él quizás mayor que dar la vida), buscó modo de cumplir su vocación, armándose con el estudio y oración, y dejándose en brazos de la obediencia». FRANCISCO COLL, *Testimonios (1812-1875)*, ed. Vito T. Gómez García, O.P., Valencia 1993, p. 591 (= TEST).

<sup>4</sup> TEST, p. 432.

Desde aquel sepulcro, meta de peregrinaciones en todos los tiempos, lanzaba Domingo su mirada hacia el ancho mundo y adivinaba ya entonces la labor de sus hijos por toda la tierra al servicio del evangelio<sup>5</sup>.

Uno de estos predicadores, continuador de la obra de Santo Domingo, fue San Francisco Coll. Resumiendo aspectos relevantes de su dimensión apostólica testificaba una hermana de la Congregación de Dominicas de la Anunciata, por él fundada:

«No quiero meterme en todo lo que de él se cuenta [...]. Creo todo esto posible a Dios, que reparte las gracias y dones extraordinarios a quien quiere y como le place; sin embargo, no doy crédito a todo cuanto se dice, si bien no ignoro que fue el Padre Coll un verdadero imitador de Jesús y de Santo Domingo, nuestro ínclito Padre, y por lo tanto, que algo particular debía ocurrirle, por lo mucho que de él se habla»<sup>6</sup>.

Desde niño deseaba predicar, y lo hacía en sus juegos entre compañeros. Lo asegura, en primer lugar, el mencionado canónigo Collell, que situaba incluso el lugar a las puertas de la iglesia del pueblo natal, Gombren, subido al muro que respaldaba una fuente en la plaza<sup>7</sup>. Su formación para el sacerdocio comenzó a la temprana edad de 10 años en el seminario de Vic, donde tantas ocasiones tuvo de escuchar a diferentes predicadores. Una de las iglesias que más se destacaban por la predicación era la de Santo Domingo, y hacia esta Orden se sintió llamado cuando contaba unos 15 años, pero continuó madurando hasta los 18 la decisión de pedir el ingreso en la misma.

En el convento de Gerona hizo el noviciado y comenzó los estudios de teología. Por entonces estaban convencidos los religiosos de su entorno de que poseía notables cualidades para la predicación, al considerar la destreza con que se desenvolvía en las ejercitaciones propias de los que estaban en período de formación. Lo comunicaba así su condiscípulo fr. Domingo Coma:

---

<sup>5</sup> Esta importante noticia biográfica se debe a fr. Constantino de Orvieto, dominico y obispo de Orvieto, que escribió por encargo del Maestro de la Orden fr. Juan de Wildeshausen, o Juan el Teutónico, hacia 1246. Su escrito, además, debía examinarlo un capítulo general. Escribió así: «25.— Hallándose el hombre de Dios, Domingo, en Roma, en la basílica de San Pedro, en presencia de Dios dirigió su oración en favor de la conservación y expansión de la Orden; por su medio contempló en visión imaginaria que se le acercaban de repente los gloriosos príncipes de los Apóstoles Pedro y Pablo; le parecía que el primero, es decir, Pedro, le entregaba un cayado para apoyarse, Pablo, empero, un libro, y agregaron: “Ve, predica, porque has sido elegido por Dios para este ministerio”. En seguida, en el mismo instante, le parecía que contemplaba a sus hijos distribuidos por el mundo entero, marchando de dos en dos [Lc 10,1] y predicando la palabra de Dios a las gentes». *Legenda Sancti Dominici*, ed. H. Ch. Scheeben, en *Monumenta Historica Sancti Patris Dominici*, Romæ 1935, p. 304. Traducción preparada para una próxima edición de fuentes para la biografía de Santo Domingo, en la Ed. EDIBESA de Madrid.

<sup>6</sup> TEST, p. 770.

<sup>7</sup> «Empezó ya desde su infancia a dar evidentes señales de su vocación a la predicación evangélica, pues cuando sus padres le mandaban a la fuente se encaramaba sobre ella el niño y exhortaba a la virtud a los circunstantes con los ingenuos recursos de la elocuencia infantil». TEST, pp. 431-432. En lo mismo abundaba la H. Rosa Miró Carbó: «Sé que de pequeño tenía ya mucha afición a las cosas santas y de religión y que en su infancia con sillitas formaba púlpitos desde donde predicaba a los otros niños, ¡tanta era la inclinación que ya entonces tenía a la predicación!». TEST, p. 730.

«Desde el tiempo de formación mostró grande inclinación al púlpito, pronosticaban ya entonces los Padres que sería de provecho, predicaba cuando le tocaba en los domingos de Adviento y Cuaresma»<sup>8</sup>.

Fr. Luis de Granada, con sus escritos, en general, de los que fue asiduo lector desde el período de formación, fue maestro de nuestro Santo. Lo fue también Santo Tomás de Aquino, que le proporcionó un esquema mental sólido, muy bien articulado. Profundizaba especialmente en las grandes enseñanzas contenidas en la *Suma de Teología*. Siguiendo su doctrina entendió que corresponde al predicador disponer a las personas para la acogida y el crecimiento en la fe, pero a este fin ha de estar muy enraizado en la contemplación de las verdades eternas, y muy bien dispuesto a las buenas obras.

En los escritos del Aquinate encontraba, asimismo, luz para dar con el buen camino en el terreno de la predicación. Opinaba su maestro que algunas veces el predicador hace muy bien en no recurrir al derecho que le asiste de recibir recompensa por el trabajo, para no escandalizar a los destinatarios del mismo. Es ésta una manera de reprimir la avaricia y rapacidad de los pseudos apóstoles. El verdadero apóstol no puede aparecer como «vendedor del evangelio», sino que debe hallarse siempre en grado de afirmar: *no busco lo vuestro, sino a vosotros*<sup>9</sup>. No ha de ocuparse tampoco en actividades que le aparten de la predicación, no sea que, implicando la mente y el corazón en las cosas temporales, «minus prædicet æterna», desatienda la predicación de las realidades eternas<sup>10</sup>. Igualmente ha de sacar tiempo libre de ocupaciones para dedicarse al estudio, en particular de la Sagrada Escritura, bien consciente de que no posee ciencia infusa como los apóstoles, sino que debe adquirirla. El estudio de Santo Tomás le ponía igualmente en guardia frente a los peligros que podían acecharle en el ministerio, en particular la oposición de quienes no resistían que se defendiera la justicia<sup>11</sup>. Con decisión debía buscar la gloria de Dios y la salvación del prójimo. Luminoso era también para su tiempo el consejo que animaba a buscar la paz, en medio de tantos conflictos armados. La paz, escribía Santo Tomás, ha de hallarse en los labios del predicador. Si no hubiera nadie dispuesto a acogerla, no quedaría sin fruto su esfuerzo. Revertiría hacia él como recompensa por su empeño<sup>12</sup>.

## 2.- *Predicador «que viajaba como los Apóstoles»*

Hizo la afirmación que sirve de título al presente epígrafe un sacerdote que, pocos años después, entregó su vida en testimonio de la fe en la persecución religiosa desencadenada en España a partir de 1936. Fue vicario general de la diócesis de Vic y deán de su cabildo catedral. Conoció a nuestro Santo cuando era niño y participó en una misión que desarrolló en Igualada<sup>13</sup>.

<sup>8</sup> TEST, p. 698.

<sup>9</sup> *Contra impugnantes* 2, 6.

<sup>10</sup> *Quæstiones Quodlibetales* XI, quodlibeta 7, 7, 2.

<sup>11</sup> *Contra impugnantes* 4, 4.

<sup>12</sup> *Catena Aurea in Lucam* 2, 3.

<sup>13</sup> Se llamaba Jaime Serra y Jordi, y testificó en el proceso de canonización del P. Coll: «Tendría poco más de cinco años en que mi madre haciéndome un elogio de un predicador que viajaba como los Apóstoles a pie y viviendo de la caridad de las buenas personas iba por los pueblos a

La itinerancia fuera del claustro comenzó, como queda dicho, a los 23 años, recién ordenado de diácono. Con valentía continuó en fidelidad creciente a su vocación. Recibió la ordenación sacerdotal, cuando estaban prohibidas las órdenes en España y, al comprobar que los conventos no se reabrían, en contacto siempre con sus superiores religiosos, se puso a disposición del prelado diocesano de Vic. Éste lo envió primero a la parroquia de Artés, como coadjutor y, a finales de 1839, a la de Moià, con idéntico cargo. Entonces mismo, según propia confesión, comenzó una tarea apostólica muy intensa, que progresivamente le llevó más allá de los límites parroquiales hasta extender el radio de acción por diferentes comarcas de Cataluña. Predicó de manera muy continua *ejercicios espirituales y misiones populares*. También cuaresmas, meses de mayo, novenarios, octavarios, septenarios, triduos, panegíricos, homilías, exhortaciones espirituales a diferentes públicos.

El lector de estas páginas podrá seguir su agenda apostólica en la biografía que se ha editado en vísperas de la canonización<sup>14</sup>, y también en la obra que recoge gran número de testimonios sobre su ministerio<sup>15</sup>. Baste decir ahora que en 1841 predicaba por diferentes lugares, como informaba fr. Domingo Coma<sup>16</sup>. En 1846 había tratado ya con San Antonio M<sup>a</sup> Claret de la formación de un equipo apostólico para llevar adelante un amplio plan de evangelización de la sociedad. En conformidad con tal proyecto se encargaba de coordinar la labor de los *ejercicios espirituales*. El equipo recibió la denominación de *Hermandad Apostólica*. En el mes de mayo de 1847 misionó en la ciudad de Gerona, de donde había salido exclaustro en agosto de 1835, cuatro meses después de la ordenación diaconal. Sus predicaciones se vieron tan concurridas que no quedaba gente para acudir al teatro, según escribía el mencionado Padre Claret<sup>17</sup>.

A partir de mayo de 1849 se dispone de datos muy concretos y relativamente abundantes para seguir sus pasos de apóstol que se revelaba incansable. A ejemplo de Santo Domingo recorrió a pie largos y difíciles caminos, sin aceptar retribución alguna. Pedía como limosna una comida pobre. Evangelizaba a Jesucristo por pueblos, ciudades y campos. El obispo benedictino Simón Guardiola lo llamó a su diócesis de Urgel para encomendarle un novenario en el apartado pueblo de *Castellbò*. Al comprobar una respuesta muy positiva de aquellos montañeses, se animó el obispo a trazar un programa de evangelización para extensas zonas de la diócesis, que se hallaba particularmente necesitada, a causa de la obligada ausencia del prelado, los conflictos bélicos y resentimientos consiguientes a una guerra civil que duró siete años, y que por allí no se había extinguido del todo. En opinión de Mons. Guardiola el Padre Coll obró en Castellbò grandes prodigios; hasta de diez horas acudían a escucharle y no sabía cómo arreglárselas para dar gusto a los que se lo pedían para muchas otras partes.

---

predicar, me dijo que aquella tarde predicaría en la plaza de la Cruz. La plaza estaba completamente llena de gente». TEST, p. 698.

<sup>14</sup> Vito T. GÓMEZ GARCÍA, *El Padre Coll, dominico*. Francisco Coll y Guitart, santo fundador de las Dominicas de la Anunciata, Madrid, EDIBESA, 2009, pp. 183-385.

<sup>15</sup> FRANCISCO COLL, *Testimonios (1812-1875)*, ed. Vito T. Gómez García, O.P., Valencia 1993, XCIV + 1228 pp. (= TEST).

<sup>16</sup> TEST, p. 199.

<sup>17</sup> TEST, p. 568.

Resolvió entonces buscarle algunos colaboradores y los encontró en dos jesuitas y un párroco de su propia diócesis, llamado José Sansa. Los jesuitas vivían en situación de «dispersos». Los de Cataluña formaban un pequeño grupo de poco más de 20 sacerdotes. Simón Guardiola asoció al Padre Coll a los Padres Juan Bautista Vidal e Ignacio Serra, este último nacido en Moià. La colaboración fue total. Lo aceptaron y reverenciaron como a verdadero padre. Nuestro Santo contaba 37 años de edad.

Misionaron por *Organyà, Sort, Llesui, Esterri d'Aneu, Gil (Isil), Llavorsí, Rialb, Abella de la Conca, La Pobla de Segur, Conques, Tremp, Salàs, Arén*. A comienzos de 1851 volvieron a *Organyà* y continuaron por *Oliana, Agramunt, Ivars d'Urgell, Igualada*, en la diócesis de Vic.

San Francisco Coll planificó las *misiones populares* a partir de una intensa vida comunitaria de los misioneros entre sí. Éstos se consideraban enviados por el obispo. Iban a los lugares señalados por él y en el orden que establecía. Pedían una casa para habitar juntos, auxiliados por un cocinero, que a veces era un hermano coadjutor, o también un seglar. Aceptaban alimentos pobres, y los compartían con los necesitados. El Padre Coll, primero, y sus compañeros, después, no aceptaban retribución económica por la misión predicada. Ésta duraba, por lo general, poco menos de un mes.

Comenzaba todo con unos ejercicios espirituales dirigidos a los sacerdotes de la zona. Varias docenas solían concurrir al lugar establecido y allí se dedicaban durante seis días a la meditación, auxiliados por las reflexiones y el contacto personal con nuestro Santo. Llegó así a conocer a centenares de sacerdotes y a tener entre ellos un gran ascendiente. Terminados los ejercicios los clérigos se convertían en animadores entusiastas de sus feligreses, a los que acompañaban en días señalados para los actos generales que se organizaban, normalmente los domingos o fiestas. Aunque los sacerdotes ayudaban en el ministerio de las confesiones, los misioneros, y en concreto el Padre Coll, dedicaban muchas horas al día a recibir a los penitentes, que buscaban ávidamente sus consejos y la pacificación de los corazones.

Se hacía un repaso sistemático de la doctrina cristiana, tanto en lo que se refiere a las verdades a creer como a las normas a practicar. Los misioneros se distribuían las conferencias o charlas. El Padre Coll solía pronunciar los sermones, de ambientación o de conclusión, y los que se tenían en las concentraciones especiales. Animaba también con su palabra en las celebraciones litúrgicas. Se dirigía a los niños, jóvenes y mayores, a encarcelados, visitaba enfermos en los hospitales o en sus domicilios. Sus misiones comenzaban con el canto del «Veni Creator Spiritus» en las iglesias, y se clausuraban con una procesión solemne por las calles, portando él la custodia con el Santísimo Sacramento. En el transcurso de la misión, más de una vez, dirigía también ejercicios espirituales a algunas comunidades de religiosas contemplativas.

Continuó acompañado por dos padres jesuitas y algún diocesano hasta comienzos de 1853, y siguió por la diócesis de Urgel: *Vilanova de les Avellanes y Balaguer*. Después estuvo en la de Lérida, en *Les Borges Blanques*. Con sacerdotes diocesanos recorrió parroquias de las diócesis de Solsona y Vic: *La*

*Pobla de Lillet, Bagà, Gombrèn*, su pueblo natal, *Ribes de Freser*. Le reclamó más tarde la ciudad de *Barcelona*, donde en la iglesia de *Santa María del Mar* predicó durante los meses de mayo y junio de 1853. Volvió de nuevo a predicar la novena del rosario en la iglesia de *Montesión*, de monjas dominicas. Con religiosos claretianos, en el mismo año, misionó en *Manlleu* y *Roda de Ter*. En fin, el campo de acción se abrió a poblaciones de la archidiócesis de *Tarragona*, a las ciudades de *Lérida, Vic, Gerona, Solsona, La Seo de Urgel, Manresa, Mataró, Igualada*, o en poblaciones como *Vilanova i la Geltrú, Torà de Riubregós, Artíes*, en la Vall d'Arán, *Serós, Gironella, Sant Andreu de Palomar, Calaf, Guissona, Santa Eulalia de Riuprimer, Sarriá de Ter, Espinelves, Viladrau, Castellterçol...*

En diciembre de 1869 se hallaba predicando un novenario de difuntos en *Sallent* (Barcelona) cuando, el día 2, le sobrevino la ceguera, como consecuencia de un ataque de apoplejía. Ciego y todo continuó adelante con el novenario que tenía comprometido. Los ataques de apoplejía se repitieron pero, mientras no le postraron del todo —que fue claramente a partir de febrero de 1873—, continuó con su tarea de evangelizador. A veces perdía la referencia del público y se hallaba hablando de cara a la pared, pero le seguían con tanto interés como en los mejores tiempos.

### 3.- *Portador de un mensaje de paz*

Nació y vivió frecuentemente en clima de guerra, pero él se mostró de carácter pacífico y procuró positivamente la paz a su alrededor. Su connovicio fr. Domingo Coma daba fe del espíritu de paz del que estaba poseído: «De carácter pacífico, por nada se turbaba; jamás se inmutaba en los argumentos de cátedra»<sup>18</sup>. La paz fue encarnada y altamente valorada por Santo Domingo, y así en el proceso que instruyeron en el Languedoc dirán repetidamente que «era amante de la fe y de la paz»<sup>19</sup>. En las primitivas *constituciones* de los frailes Predicadores se encargaba a los visitadores de los conventos que indagaran, en primer lugar, si los hermanos *vivían en paz*<sup>20</sup>. Esta exigencia continuaba en vigor en las constituciones que profesó San Francisco Coll<sup>21</sup>. No vale decir para él que las «constituciones se quedaron en el convento», del que salió todavía no ordenado sacerdote. Fueron varios los testigos de vista que aseguraban que las cumplía fielmente<sup>22</sup>.

Fue enviado como coadjutor a Moirà tras el asalto de las tropas carlistas a la población, y pronto lo reconocieron «como un ángel de paz». Lo escribió para la primera biografía Isidro Dalmau, un venerable sacerdote que formó parte en alguna ocasión de su equipo misionero:

<sup>18</sup> TEST, p. 697.

<sup>19</sup> Cf. *Proceso de Canonización*, en *Santo Domingo de Guzmán, fuentes para su conocimiento*, ed. Lorenzo Galmés – Vito T. Gómez, Madrid, BAC, 1987, pp. 182, 183, 184, 186 (=Santo Domingo).

<sup>20</sup> *Santo Domingo*, p. 757.

<sup>21</sup> «Si in pace continui». Ver *Regula S. Augustini et Constitutiones FF. Ordinis Prædicatorum*, ed. Antonini Cloche, Romæ 1690, p. 269.

<sup>22</sup> H. Paula Prat, TEST, p. 751, H. Rosa Sala, TEST, p. 766, H. Ignacia Sansi, TEST, p. 769, H. Magdalena Arbós, TEST, p. 685.

«Sobre los años que el P. Coll estuvo de Vicario en ésta [*de Moià*], puedo asegurarle que dicho señor trabajó incansable catequizando a los niños, predicando, confesando, asistiendo a los enfermos y socorriendo a los necesitados. Fue para esta parroquia un ángel de paz; cabalmente vino de Vicario poco tiempo después del incendio y destrucción que sufrió esta villa en la guerra de los siete años<sup>23</sup>. En aquellos días, en que tan exaltados estaban los ánimos, etc., con su ejemplo, predicación, celo por la gloria de Dios y santificación de las almas, continua asistencia al Santísimo Rosario y funciones religiosas y con sus familiares conversaciones dulces y amables, apagó muchos odios y llevó la paz a muchas familias, de modo que, aunque las personas agraviadas viesan a sus enemigos, no hubo venganza alguna particular»<sup>24</sup>.

Leodegario Torruella, niño asistente a sus catequesis, monaguillo entonces, y más tarde sacerdote, escribió de manera espontánea que el nuevo coadjutor de Moià fue el bálsamo eficaz de almas y cuerpos<sup>25</sup>. Un cronista de la misión que predicó en Agramunt (Lérida) en 1851 le daba el título de «*Apóstol de paz*», y afirmaba que en sus sermones *pronunciaba discursos de paz*<sup>26</sup>. Hay que recordar que en esta población fueron recibidos los misioneros por algunos con las armas en la mano y profiriendo gritos de muerte. Como resultado de su trabajo en Balaguer, también en Lérida, escribían que él y sus compañeros habían dejado «*para eterna memoria la paz, la dicha, la ventura y la felicidad*»<sup>27</sup>. Comenzaba a veces su saludo al auditorio deseando la paz: «*Pax vobis*»:

«*Pax vobis*, nos anuncia [en Organyà]: *la paz a vosotros*. Y sobre estas dulces palabras de nuestro adorable Salvador desenvuelve y patentiza las más consoladoras verdades en un notable discurso, no menos luminoso que santamente sencillo»<sup>28</sup>.

El obispo de Urgel, Simón Guardiola, informaba del fruto de su predicación en Castellbò, y deseaba que Dios les concediera muchos hombres apostólicos como el Padre Coll para recobrar la paz que tanto necesitaban<sup>29</sup>.

Consideraba nuestro Santo que la paz es un valor fundamental, parte integrante de la bienaventuranza eterna. En la obrita titulada *Escala del Cielo* citaba a San Próspero, y afirmaba que la paz es un componente de la bienaventuranza a la que hay que aspirar con todas las fuerzas. «Gloria es, dice San Próspero, un estado dichosísimo en que es cierta la seguridad, *es segura la paz*,

<sup>23</sup> Se refiere a la primera guerra carlista (1833-1839).

<sup>24</sup> TEST, p. 703.

<sup>25</sup> TEST, p. 778.

<sup>26</sup> TEST, p. 278. «Al regreso de dicha procesión, que sea dicho en honor de la verdad, se verificó con el mayor orden, sube a la tribuna sagrada el Rdo. P. Coll, y ¡... con naturalidad y viveza, con acento lleno de fuego, como en todos sus sermones, pronuncia un discurso de paz al numeroso auditorio que en momentos tan interesantes pende del hilo de sus labios. Imposible es formarse una idea de la honda impresión que ya este primer sermón causó en tan respetable auditorio!». TEST, p. 286.

<sup>27</sup> TEST, p. 303. Esta misión se desarrolló en 1852.

<sup>28</sup> TEST, p. 272. Predicó allí en 1851.

<sup>29</sup> TEST, p. 725.



*es pacífica la alegría, es alegre y dichosa la eternidad*»<sup>30</sup>. En la bienaventuranza, escribía, citando esta vez a Hugo de San Víctor, también en *Escala del Cielo*, «está la paz sin discordia, la luz sin oscuridad, la hermosura sin mancha... la amistad sin desazón, la concordia sin envidia»<sup>31</sup>. Los bienaventurados están tan unidos entre sí, que todos ellos son un alma y un corazón. Viven en tanta paz, «que la misma ciudad tiene por nombre Jerusalén, que quiere decir visión de paz»<sup>32</sup>. No perdía de vista que la vida cristiana en la tierra debe ser un *anticipo y signo* elocuente de las realidades futuras.

Cuando se dirigía de manera directa a las hermanas de su Congregación, en la *Regla o forma de vivir*, invitaba a la convivencia pacífica. Las quería bien fundamentadas en la humildad, que produce la paz, y ésta, a su vez, hace desarrollar la humildad:

«La humildad da la paz y unión entre los prójimos, pero sobre todo entre las religiosas; pues la verdadera paz y unión da la humildad, porque el humilde cede al juicio y parecer de todos. Juzga que los otros lo entienden mejor que él, que lo disponen con mayor perfección que él. El humilde sabe congeniar con todos; y así como entre los soberbios siempre hay rencillas, contiendas y porfías, porque a cada uno le parece mejor arreglado su modo de pensar y mejor dispuesto lo que él dispone, entre los humildes no hay rencillas ni discordias; porque el uno mira como superior al otro en todas las perfecciones y virtudes; así que todo es unión, todo es paz»<sup>33</sup>.

En la misma obra afirmaba que los que viven en *caridad y paz* son como ángeles. En la comunidad debe existir paz y unión. La humildad y la caridad pondrán en paz a las hermanas, y así volverán a la paz y unión con Dios y entre ellas mismas<sup>34</sup>. En el n. 31 de un *Proyecto de Constituciones* asignaba como misión concreta de la Priora general la de *hacer que reine la paz en la Congregación*:

«La Superiora general tendrá cuidado de vigilar sobre todo el Instituto, a fin de que en todas partes se observen las Santas Constituciones, que todas las hermanas vivan en paz, unión y alegría y adelanten en la perfección, pues de otro modo en lugar de edificar en los pueblos, servirían de escándalo. Cuidarán asimismo de que en todas las casas reine la santa paz, que tanto encarga Jesucristo, y por eso si en alguna casa hay alguna hermana de mal genio, que no deja vivir en paz a las demás, o haga alguna cosa inconveniente tomará las medidas oportunas para su corrección y enmienda»<sup>35</sup>.

En la ciudad de Vic, a muy pocos metros de la plaza principal, donde San Vicente Ferrer en 1409 hizo firmar paces a facciones encontradas de la comarca, fue llamado también el Padre Coll a establecer la paz, en este caso en la sede del ayuntamiento. La paz que ayudó a sellar San Vicente se recuerda por medio de

<sup>30</sup> FRANCISCO COLL, O.P., *Obras Completas*, ed. Vito T. Gómez, O.P., Valencia 1994, p. 557 (= OC).

<sup>31</sup> OC, p. 557.

<sup>32</sup> OC, p. 558.

<sup>33</sup> OC, p. 68.

<sup>34</sup> OC, p. 84.

<sup>35</sup> OC, pp. 275-276.

una imagen enmarcada en una hornacina. La acción en favor de la paz de nuestro Santo es también digna de no caer en el olvido. La relataba así su primer biógrafo, fr. Lesmes Alcalde:

«Me contó D. Miguel Sala, vecino de Manlleu, que en una revolución que hubo en esta ciudad, de Vich, el Siervo Dios fue rogado fuese a la Casa Consistorial, porque los miembros del Ayuntamiento estaban en lucha entre sí y algunos de ellos con el pueblo, al objeto de apaciguar los ánimos; lo cual no solamente consiguió entre los miembros del Consistorio, sino que proporcionó vestidos, para despistar a los miembros para fugarse de incógnito, y así escapar de las iras del pueblo que quería vengarse de ellos»<sup>36</sup>.

#### 4.- *Predicador entregado al estudio*

En Santo Tomás aprendió que el predicador, como no tiene ciencia infusa, debe insistir de manera ineludible en el estudio. Necesita de la sabiduría para poder transmitir con vigor la doctrina al corazón del auditorio, porque la divina sabiduría no se estabiliza en el corazón del hombre si no le llega con fuerza para asimilarla bien<sup>37</sup>. En los humanos, en cuanto seres dotado de inteligencia, se percibe un ansia de verdad. Tal deseo puede llenarse con el estudio que tenga características de contemplativo. Éste fructificará en visión de la verdad primera por toda la eternidad<sup>38</sup>.

San Francisco Coll se distinguió por el hábito de la estudiosidad desde los años de formación. Era muy estudioso y hacía preguntas a sus profesores en el convento de Gerona, aseveraba fr. Domingo Coma<sup>39</sup>. Sus constituciones le animaban decididamente a seguir por semejante camino, al presentar el estudio como componente esencial de la vocación dominicana. Ya el maestro de novicios debía insistir ante sus formandos en la aplicación al estudio, obligación que debían cumplir de día y de noche, en casa y en los viajes. Tenía que animarlos, en resumen, a que se entregaran con perseverancia a la lectura y, en cuanto les fuera posible, se esforzaran por retener en su memoria cuanto leyeran. Todo ello en orden a la predicación<sup>40</sup>. Se concedía dispensa en algunas ocasiones, y, en concreto, para que no fuera impedido el estudio<sup>41</sup>, ordenado especialmente a la utilidad espiritual del prójimo<sup>42</sup>. Las características mismas de la oración litúrgica se modelaban por la exigencia del estudio<sup>43</sup>.

Era verdad que el Padre Coll, por las circunstancias que envolvieron su vida, no terminó los cursos dentro del convento. Le faltó cumplimentar en el estudio conventual el 5º año de teología. No obtuvo título académico alguno de la Orden, y con humildad, no exenta de humor, se excusaba a veces ante sus

<sup>36</sup> Así lo certificó en el proceso de canonización, en la primavera de 1930, TEST, p. 725.

<sup>37</sup> *Sermo* 4, pars 1.

<sup>38</sup> *Contra Gentiles* 3, 63, 2.

<sup>39</sup> TEST, pp. 697-698.

<sup>40</sup> *Constituciones primitivas*, n. 13, en *Santo Domingo*, p. 737.

<sup>41</sup> *Ibid.*, n. 29, en *Santo Domingo*, p. 762.

<sup>42</sup> *Ibid.*, prólogo, en *Santo Domingo*, pp. 728-729.

<sup>43</sup> *Ibid.*, n. 4, p. 732.

hermanas dominicas cuando le pedían charlas o sermones, porque —decía— «no era un hombre de estudios ni estaba preparado». Pero al fin condescendía y aceptaba las invitaciones, vencido por el amor a Dios<sup>44</sup>. Lo cierto es que, una vez exclaustrado, no abandonó en modo alguno el estudio. Pasó pronto a la casa de campo de Puigseslloses, en Folgueroles (Barcelona) y se trazó un plan de vida que cumplió con fidelidad. Es probable que, como sucedió a su discípulo fr. José Sadoc Alemany, futuro arzobispo de San Francisco de California, le ayudara algún dominico residente en la ciudad de Vic a llenar las exigencias del último curso de teología que le faltaba<sup>45</sup>.

«Lejos de considerar aquella situación como pasajera, se trazó desde el primer día un reglamento, que puso en admiración a los pocos que de él tuvieron conocimiento. Venciendo mil dificultades por carecer de recursos para continuar su interrumpida carrera literaria, exponiéndose al peligro del destierro, logró al fin ordenarse de sacerdote, cuando la llamada ley penaba con impíos castigos a los obispos que, desafiando las iras revolucionarias, ordenaban a los aspirantes»<sup>46</sup>.

Aunque del convento no pudo sacar más libros que el breviario<sup>47</sup>, formó después una biblioteca, que tuvo en Moià y después en Vic<sup>48</sup>. Se valió de la bien surtida que tenía la comunidad de beneficiados de Moià, y de libros que le regalaron o prestaron. Sus escritos dan prueba de ello. Los libros le servían, de manera especial, para elaborar esquemas de predicaciones, que renovaba con frecuencia. Preparaba con esmero las conferencias morales y litúrgicas, verdaderos encuentros de formación permanente que se organizaban para el clero diocesano<sup>49</sup>. No abandonó tampoco los libros durante la enfermedad al fin de sus días. Es cierto que, a partir de diciembre de 1869 —al decir del P. Enrich al vicario general de la Orden— no pudo ya leer más, pero siguió predicando y *hacía que le leyeran algún libro cuanto tenía que entregarse al ministerio de la palabra*. En tales circunstancias echaba de menos los libros. Fr. Domingo Coma decía al respecto:

«La última vez que le vi en Barcelona, tenía como de costumbre el Rosario en la mano, y me dijo, recomendándose a mis oraciones: “¿□Te

<sup>44</sup> TEST, p. 674. A veces leía o explicaba algún tema de espiritualidad mientras las hermanas comían. *Ibid.*, p. 687.

<sup>45</sup> Para Alemany es seguro. En un momento dado se pensó en pedir para él la apertura de un proceso de canonización y, con tal fin, elaboraron unos «interrogatorios». La pregunta n° 9 sonaba así: «Es cierto que se disponía a comenzar la Teología cuando la exclaustración violenta de 1835 lo lanzó fuera del Convento, y viose obligado a regresar al seno de su familia [en Vic], donde se aplicó al estudio de Sto. Tomás bajo la dirección de un Padre Dominicó, mientras regentaba una clase de gramática». *Roma, Convento de Santa Sabina, Archivum Generale O.P.*, X. 1681a.

<sup>46</sup> Publicado sin firma en la revista *El Santísimo Rosario* 10 (1895) 344. Su autor fue seguramente fr. Lesmes Alcalde, que andaba por entonces elaborando su biografía.

<sup>47</sup> «Libros ni siquiera se nos consintió sacar uno, el breviario y nada más», escribía fr. Domingo Coma. TEST, p. 698.

<sup>48</sup> En carta al sacerdote José Matarrodona, de 4 de abril de 1859, aludía a los libros que todavía tenía en Moià. OC, p. 369.

<sup>49</sup> Cf. Vito T. GÓMEZ GARCÍA, *Nuevos documentos pastorales inéditos del Beato Francisco Coll, O.P. (1812-1875)*, en *Escritos del Vedat* 29 (1999) 303-360.

acordarás de mí? no me olvides; Dios me da el premio, quitándome la vista, este Rosario me sirve de libros y de todo»<sup>50</sup>.

El rosario llenaba grandes espacios de su vida, pero, por lo que puede deducirse del testimonio anterior, no le hacía olvidar los libros. Comparaba el rosario *a un libro*, en una frase que pasará a la historia como uno de los mejores elogios de la devoción mariana por excelencia, texto que citaremos más adelante. Llevaba libros en sus correrías misioneras, y a veces no los dejaba de la mano<sup>51</sup>. Estudiaba a la par que lo hacían las hermanas de su Congregación<sup>52</sup>.

Un reflejo de sus convicciones y de la práctica en el campo del estudio se halla en cuanto ofreció a su fundación, las Hermanas Dominicas de la Anunciata. Quiso que tuvieran una buena preparación para la misión de «predicadoras» a que estaban llamadas. Estableció una casa común de formación, en la ciudad de Vic. Les procuró, además, catedráticos del seminario, y él mismo se comprometió también con la enseñanza.

«Al principio de la fundación —decía H. Prat— para que se instruyesen las Hermanas, pidió al Sr. Obispo, no del todo afecto a la fundación, catedráticos del Seminario, que las instruyesen en la parte literaria, complaciéndole el Sr. Obispo con el Dr. Ramón [Andreu] y otros. El P. Coll [...] las instruía en la parte espiritual, el tiempo que le dejaban libre el púlpito y el confesonario, aunque alguna vez también las instruía en la parte literaria»<sup>53</sup>.

Procuraba que las hermanas sacaran títulos de maestras o profesoras, como informaba el obispo de Lérida, Mariano Puigllat al nuncio Barili, en 1864:

«En Vich tiene con Iglesia, aunque pequeña ésta, la Casa Matriz grande y capaz, donde tiene hoy día más de 60 novicias, cuales se forman en espíritu religioso y se las da una educación esmerada. En el Colegio, que estableció en ésta en la corta vacante de esta Silla de abril a noviembre de 1862, como su Superiora cayó en gracia de los gobernantes, fue nombrada examinadora de maestras de esta Provincia, y con esta proporción el P. Coll hace pasar maestras con título todas las hermanas de capacidad y disposición, las manda a oposiciones de las plazas de los magisterios del Gobierno en

<sup>50</sup> TEST, p. 699.

<sup>51</sup> Así lo certificaba Marcos Eras Cirera, natural de Borredà: «En el año 1845 fui a Moyá con un animal a buscar al P. Coll (que ejercía el cargo de Coadjutor); pues había de hacer la Misión en Borredà. Cuando salimos, me hizo montar a mí, caminando él a pie. Tanto en este trayecto como durante diez y ocho días que le acompañé por estos pueblos, ni un solo momento montó a caballo, y siempre iba delante como si él fuese el criado, no consintiendo nunca que ni yo, ni el animal, le trajéramos los libros y el manteo, y esto a pesar del tiempo caluroso y tempestuoso que hacía». Este afortunado compañero de San Francisco Coll se casó en Borredà el 7 de junio de 1858, soltero de 35 años, hijo de Pedro Eras, arriero, y de Marianna Cirera, cónyuges difuntos, ambos naturales de Borredà. Contrajo matrimonio con Josefa Picas, natural de la misma parroquia, entonces viuda de José Casals. Ésta era hija de Ramón Picas, también de Borredà, y de Victoria Escrigas, natural de Obiols. Cf. *Borredà, Archivo parroquial, Libro de matrimonios*, nº 1, 1º de julio de 1858. Recibió sepultura en su pueblo natal el 10 de noviembre de 1904. Falleció a los 81 años de edad de anemia senil. Fue de oficio bracero. *Ibid.*, *Libro de óbitos*, nº 1, fol. 20.

<sup>52</sup> H. Paula Prat, TEST, p. 747.

<sup>53</sup> TEST, p. 746.

tanto, que de los 36 establecimientos, obtienen las plazas de magisterios en 26 de ellos, y con las dotaciones y las dotes pequeñas que aportan, las procura casas propias. Hasta ahora es un prodigio. Si procura formarlas y fundamentarlas en un buen espíritu religioso, como se lo encargo, pueden dar mucho fruto para gloria de Dios y salvación de muchas almas. Estaré a la vista de las que tiene en esta Ciudad y en otros puntos de esta Diócesis. Le he encargado me mande un ejemplar de las reglas para remitir a Vuestra Excelencia»<sup>54</sup>.

Las «oposiciones» eran consiguientes a la obtención de títulos, y el Padre Coll las vivía con sumo interés y hasta con preocupación, como lo manifestaba en carta del 1 de junio de 1858 al dominico ilderdense fr. Ramón Vallés:

«Ahora estoy muy ocupado para ver cómo se puede pasar la borrasca de oposiciones, y pasantías, no temo no, por eso, gracias a Dios porque Dios Nuestro Señor y María Santísima nos protegen en todo»<sup>55</sup>.

Le produjo gran satisfacción el éxito de la priora de Lérida, que fue examinadora en la Escuela Normal del Magisterio, cuando tenía poco más de veinte años de edad. Lo aseguraba él mismo en el *prólogo* que escribió para la *Regla o forma de vivir*, editada en 1863.

«Pero amparadas [las hermanas], consoladas, y dirigidas visiblemente por la Divina Providencia, se han extendido portentosamente en tan corto espacio por los obispados de Vich, de Gerona, de Lérida, de la Seo de Urgel y de Barcelona y el Arzobispado de Tarragona; de modo que son ya 36 los establecimientos, llegando hasta a confiarse el encargo de examinadora de Maestras de la Provincia de Lérida a la Hermana, que tan perfectamente dirige el Colegio establecido en la ciudad de Lérida»<sup>56</sup>.

La titulación y oposiciones debían desembocar en un compromiso permanente de estudio, y así prescribió una hora diaria al finalizar las clases, con la misma urgencia con que debían hacer la oración<sup>57</sup>. El Padre Enrich, su coadjutor, primero, y después sucesor, daba fe de los frutos que habían logrado las hermanas, en carta que escribió al vicario de la Orden, el 8 de agosto de 1876. Opositaban a las escuelas municipales y los pueblos porfiaban por tenerlas. Los inspectores visitaban las escuelas y alababan a las maestras<sup>58</sup>.

##### 5.- Fervor en la predicación

El examen periódico que debe llevar una comunidad dominicana desde los tiempos fundacionales ha de extenderse al grado de «fervor» con que se realiza la predicación. El fervor tiene que ver con el calor y, en este caso, con el que se desprende del amor caritativo, propiamente del amor de intimidad o amistad para

---

<sup>54</sup> TEST, pp. 579-580.

<sup>55</sup> TEST, p. 548.

<sup>56</sup> OC, pp. 53-54.

<sup>57</sup> OC, pp. 62, 146, 166, 257.

<sup>58</sup> TEST, p. 599.

con Dios y en sintonía con los intereses verdaderos de los demás. El fervor brota de la entraña misma de la caridad, venía a decir Santo Tomás<sup>59</sup>. San Francisco Coll ejerció la caridad en grado heroico, y especialmente por medio del ministerio de la Palabra. Cumplió así con esta exigencia fundamental a la que le impulsaba el carisma de la predicación recibido para edificar el templo de Dios.

Su madre deseaba para aquel niño que desbordaba vitalidad y se manifestaba dócil a sus exhortaciones, un crecimiento en el amor de Dios hasta hacerlo estallar<sup>60</sup>. Semejante deseo materno prendió fuertemente en él, y dirá más tarde que, de ser posible, le hubiera gustado dar con la fórmula para fabricar píldoras de amor de Dios a fin de repartirlas, y que todo el mundo se beneficiase de ellas<sup>61</sup>. Hasta le oyeron exclamar que estaba dispuesto a que lo arrastraran por las calles de Barcelona para manifestar semejante amor<sup>62</sup>. Hacía frecuentes actos de amor cuando predicaba, y estimulaba a los demás a hacerlos con la esperanza puesta en la gloria eterna. Poseía el celo de un apóstol inflamado por el amor divino<sup>63</sup>, y entendían que en sus misiones había mucho amor de Dios<sup>64</sup>. Era lo que dejaba a su paso<sup>65</sup>. Este amor se manifestaba frecuentemente en forma de lágrimas, que atribuían sin vacilar a la identificación de sentimientos con Dios:

«Lloraba mucho cuando se confesaba y cuando iba a comulgar; y su confesor, que, en esta villa de San Andrés [de Palomar] era un tal Rdo. Ignacio, dijo: “Todas sus lágrimas son nacidas del amor de Dios”. Su corazón, era un volcán de amor que siempre ardía, y por lo mismo su lengua estaba, o alabando a Dios y a María Santísima con jaculatorias, o hablando de Dios»<sup>66</sup>.

Naturalmente que en su entrega a la predicación se hallaba como móvil el amor que sentía por el bien de sus semejantes. De manera espontánea manifestaba una estima desinteresada y aprecio por las personas y familias. Consideró que era lenguaje muy apropiado para transmitir amor el camino de la pobreza más radical<sup>67</sup>, y la mortificación, que le llevaba a no echarse atrás ante las

<sup>59</sup> *In I Sententiarum*, distinctio 17, quæstio 2, articulus 1, co.

<sup>60</sup> «Su piadosa madre, molestada por aquel movimiento continuo, lo excitaba a estarse tranquilo: obedecía el niño Francisco; pero, como nada violento permanece, pronto volvía a sus enredos, verdaderos centros de su actividad. Viendo al fin, su madre, que las reflexiones no eran suficientes para contenerle, solía exclamar: “Hijo, ojalá revientes de amor de Dios”». H. Luisa Paret, TEST, p. 742.

<sup>61</sup> H. Rosa Miró, TEST, p. 732.

<sup>62</sup> «Oí decir que meditando la Pasión de Jesucristo les dijo: “Hermanas, me dejaría arrastrar por las calles de Barcelona, en vista de cuanto Jesucristo por nosotros padeció”». H. Rosa Sureda, TEST, p. 774.

<sup>63</sup> En crónica de la misión de Organyà, TEST, p. 249.

<sup>64</sup> «En la Misión del P. Coll hay mucho amor de Dios; y cuando el amor de Dios abunda, todo se rinde». Crónica de la misión de Organyà, TEST, p. 273.

<sup>65</sup> «Por fin la Santa Misión se despidió, no sin grande sentimiento nuestro, dejándonos por prenda de su amor el don celestial que nos presagió a su arribo, la dulce paz, aquella paz que el mundo no puede dar, la paz de las conciencias, la única verdadera paz». Crónica de la misión de Organyà, TEST, p. 274.

<sup>66</sup> H. Ramona Gonfaus, TEST, p. 723.

<sup>67</sup> Escribía así un cronista de la misión de Organyà en 1851: «Concluido el sermón [de comienzo de la misión] anuncia que él y sus compañeros, a fin de no ser en manera alguna gravosos a los pueblos, quieren vivir únicamente de limosnas. No apetecen recompensa ni satisfacción de ningún género: buscan únicamente las almas para Jesucristo. Ni siquiera el propio sustento exigen. Si *por*

inclemencias del tiempo, largos y difíciles caminos, escasas horas de sueño, jornadas agotadoras de confesonario. Trabajaba con ahínco por la salvación de los pecadores<sup>68</sup>. A cualquier hora se mostraba disponible para servir<sup>69</sup>.

Del *fervor* en sus predicaciones, como fruto del amor más intenso hablaban personas que fueron testigos de cómo se comportaba en su labor evangelizadora. Aludían explícitamente a su fervor en la oratoria, a su serenidad imperturbable ante determinados intentos de hacer fracasar la misión que comenzó en Agramunt en 1851<sup>70</sup>. Destacaban la diligencia suma y unción con que predicaba a los habitantes de Vilanova de les Avellanes, y en muchos pueblos del entorno<sup>71</sup>. Fervor y celo inmenso advertían ya en el comienzo de la misión de Balaguer en 1852<sup>72</sup>. La inteligencia y el fervor le distinguía ante los fieles de Les Borges Blanques en 1855<sup>73</sup>. Al reseñar su predicación en la catedral de Vic en 1856 lo calificaban de fervoroso orador<sup>74</sup>. En Lérida daban por sabido de todos el fervor y celo de tan conocido misionero, así como el buen gusto en la elección de los puntos predicables, que atraía por las tardes del mes de mayo a un auditorio que llenaba el amplio templo donde predicaba<sup>75</sup>.

Maestro consumado en el arte de repartir el pan de la doctrina al pueblo aparecía a un sacerdote en 1849, cuando no había cumplido aún los 37 años. La admiración y entusiasmo de este cualificado oyente se reflejaba en el siguiente fragmento que apareció en un periódico católico:

«¡Ah! ¡qué lección ha dado el P. Coll a los oradores sagrados! ¡qué lección a los jóvenes, sobre todo, que tan equivocadas convicciones abrigan sobre el particular! ¡cuántas veces al oír yo a nuestro apóstol evangelizando desde un balcón, y con un fervor sobrehumano, las palabras de vida eterna a un gentío inmenso, al contemplar aquella infinidad de corazones de tan diferentes clases, arrobados todos y pendientes de sus labios, cual pudiera estarlo el corazón del cristiano más dócil y piadoso; al ver ostensiblemente reflejadas en el semblante de los oyentes las diversas emociones que sucesivamente iban experimentando en su interior según el asunto, giro, tono y maneras del predicador [...]; cuántas veces, repito, al agolparse estas ideas a mi imaginación, exclamaba extático dentro de mí mismo: “Éste, éste será el verdadero modo de predicar, porque éste, y únicamente éste, es el que gana las almas para Dios”»<sup>76</sup>.

---

*amor de Dios* quieren los fieles darles el alimento necesario para la vida, lo agradecerán, pero advirtiéndoles que no admitirán otra clase de alimentos que los más ordinarios: “Alimentos de pobres, dijo, pues queremos vivir como pobres”». TEST, p. 272.

<sup>68</sup> P. Manuel Vila y Serra, claretiano, TEST, p. 858.

<sup>69</sup> Decía a veces desde el púlpito, según la H. Paula Prat: «“Si me necesitáis llamadme a cualquier hora de la noche”». Hasta en los continuos vaivenes de la predicación, ejercía actos de caridad; sacrificando el sueño y el reposo, por ser más útil a las almas». TEST, p. 747.

<sup>70</sup> TEST, p. 276.

<sup>71</sup> TEST, p. 292.

<sup>72</sup> TEST, p. 297.

<sup>73</sup> TEST, p. 326.

<sup>74</sup> TEST, p. 329.

<sup>75</sup> TEST, p. 330.

<sup>76</sup> TEST, p. 249.

Era apreciado su fervor por las gentes, que frecuentemente recorrían largas distancias, atraídos por su celo y doctrina. Reconocían también sus mismos compañeros de equipo la entrega a la siembra de las verdades eternas. Uno de ellos fue José Nofre, sacerdote de la diócesis de Urgel vinculado al seminario, que le acompañó en numerosas poblaciones. Recordándolo años más tarde certificaba que no había visto nunca un predicador tan fervoroso, humilde y simpático, a la vez que prudente, que arrastraba los corazones de todos. Testificaba, asimismo, que modulaba la voz como quería. Ésta era clara y penetrante. Conmovía al auditorio de un modo admirable<sup>77</sup>.

La H. Dominga Victori, secretaria general de la Congregación, y tía de los Beatos mártires Ramón y Miguel Peiró Victori, escribió que su padre fue testigo de cuanto afirmaba un señor que sacó la conversación sobre el P. Coll. Decía aquella persona que había oído predicar por muchas ciudades de España, Francia e Italia, pero nunca a nadie que con tanto celo, fervor y sencillez, y que lograra tanto fruto en las almas como él<sup>78</sup>.

#### 6.- *Predicador de buena fama*

Los visitantes de una comunidad dominicana desde los tiempos iniciales debían prestar atención a la fama de que gozaban los hermanos en el contexto en que se desarrollaba su existencia. ¿Qué pensaban en su entorno acerca del nuevo grupo eclesial? ¿Qué tipo de mensaje se desprendía de su vida? ¿Qué interrogantes suscitaba su conducta y actividad? —San Francisco Coll fue testigo de pocas visitas de superiores a su convento de Gerona. Es probable que conociera solamente una, la realizada por el prior provincial fr. José Casaurrán en marzo de 1833<sup>79</sup>. Pero la documentación existente permite «visitar su vida y actividad» y sacar algunas conclusiones acerca de la fama de que gozaba. Santo Domingo estimaba este aspecto de gran interés, desde el empeño por ajustarse en todo a la «vida evangélica y apostólica», de seguimiento del evangelio e imitación de los Apóstoles.

Apenas exclaustro se trazó un plan de vida en conformidad con su identidad religiosa, tenor de conducta que llenó de admiración a la familia Coma de Puigseslloses, con quienes estuvo por largos meses. Con la gracia del sacerdocio, que recibió una vez exclaustro, se benefició también de la misión apostólica. Se sintió llamado por Dios a evangelizar con obras y palabras. Para semejante empeño, en el sentir de quienes lo conocieron, gozaba de excelentes condiciones físicas, voz sonora y majestuosa, presencia dulce y atractiva, acción elegante. A todo ello se unían las cualidades morales, y en concreto un celo abrasador por la salvación de las almas, desinterés llevado al heroísmo, y devoción tiernísima a la Virgen del Rosario. Del espíritu apostólico brotaban palabras encendidas de amor. Llegaban a todos y conmovían los corazones que frecuentemente se desataban en lágrimas. Puso de manifiesto una elocuencia popular, sin retóricas que ocultaran la esencia del mensaje. Las exclamaciones y

---

<sup>77</sup> TEST, p. 738.

<sup>78</sup> Testificación de la H. Teodora Miralpeix Carreras en el proceso ordinario informativo. TEST, p. 1127.

<sup>79</sup> TEST, p. 170.



golpes de pecho a que se veía impelido con naturalidad orientaban hacia la certeza de la fe y seguridad del amor indefectible de Dios. Sus sermones transmitían doctrina. La acercaba al pueblo valiéndose habitualmente de ejemplos y anécdotas ingeniosas que mantenían con facilidad la atención. No se perdía en las esferas de la especulación, sino que iluminaba las sendas a seguir en las más variadas situaciones<sup>80</sup>.

Características de su temprana actividad apostólica en la parroquia de Moià fueron, al sentir de testigos «de vista»: valentía y rectitud para transmitir la verdad, laboriosidad, prudencia, humildad y trato con todos que revertía en aprecio general, a no ser de los mundanos. Lo tenían en concepto de santo y elogiaban su conducta. Se captó las simpatías de los feligreses, que observaban en él penitencia, desprendimiento, austeridad y pobreza. «He prometido pobreza, decía, y he de observarla». Se mostraba solidario con los pobres, caritativo. Poseía espíritu de oración verdaderamente contemplativa, centrada en el misterio trinitario y en la devoción eucarística y mariana. Se entregaba a oír confesiones y a la catequesis. Para ello utilizaba una pedagogía todo lo creativa que le permitía aquel clima de pobreza. Atendía a los enfermos, nunca se quejaba, a no ser de los que no servían a Dios. En su trabajo se distinguía por la búsqueda de la gloria de Dios y salvación de las almas. Su predicación enteramente apostólica, sencilla y al alcance de todos, animaba a confiar en Dios y alcanzar la gloria del cielo. Su modo de obrar fue de gran edificación para los fieles. Hacía frecuentes salidas de la parroquia para predicar<sup>81</sup>.

En Moià lo trató de manera muy inmediata y lo confortó con su consejo en momentos especiales, su párroco y después obispo de Vic, Juan José Castanyer. A él aludió en la relación para la visita «ad limina», que envió al Papa Pío IX en octubre de 1861. Lo presentó como «sacerdote profeso de la Orden de Predicadores, persona de eximia virtud y de máximo celo», que se aplicaba con diligencia a la predicación y al confesonario<sup>82</sup>.

Despertaba admiración y aprecio cuando se hallaba dando rienda suelta a su espíritu apostólico por las parroquias que le confiaban los obispos para misionar. En mayo 1847 daba fe San Antonio M<sup>a</sup> Claret del grado de aceptación que mereció en Gerona<sup>83</sup>. Lo mismo transmitía para Castellbò el obispo de Urgel, Simón Guardiola<sup>84</sup>. Los padres jesuitas, Vidal y Serra, que lo acompañaron durante varios meses, lo tuvieron en muy alto concepto, tanto que el superior provincial lo transmitió en las *cartas annuas* de 1850 al preposito general:

«El Obispo les dio por compañero al P. Francisco Coll, de la Orden de Predicadores, que por su edad, preparación doctrinal, laboriosidad y

<sup>80</sup> Cf. biografía anónima en la revista *El Santísimo Rosario* 10 (1895) 406.

<sup>81</sup> Testimonio de la H. Rafaela Antonell, en TEST, p. 671-678. Con ella coinciden Isidro Dalmau (TEST, pp. 702-704), Leodegario Torruella (TEST, pp. 777-779), Ramona Tría (TEST, pp. 779-780), Rosa Soler (TEST, pp. 771-772), Margarita Santaeugenia (TEST, pp. 769-770). También por los testigos «de auditu», Evaristo Morató (TEST, pp. 994-997), Mariano Viñas (TEST, pp. 989-993).

<sup>82</sup> TEST, p. 652.

<sup>83</sup> TEST, p. 568.

<sup>84</sup> TEST, p. 725.

gran simpatía hacia nosotros, es aceptado y reverenciado por los Nuestros como un Padre»<sup>85</sup>.

Incontables veces se ha repetido la alabanza que le dedicaba San Antonio M<sup>a</sup> Claret, de cuya «Hermandad Apostólica» formó parte. La transmitió a raíz de su muerte fr. Francisco Enrich y, poco después, el canónigo Collell, en la necrología escribió en la barcelonesa *Revista Popular*, en mayo de 1875:

«El nombre del Padre Coll va unido en la memoria del pueblo catalán al de *Mossén Claret*, y este apóstol de Cataluña con su modestia solía decir que allí donde había pasado el Padre Coll ya no quedaba nada por rastrojear»<sup>86</sup>.

En numerosas crónicas que se escribieron a raíz de otras tantas campañas de predicación se resaltaba el aprecio de que gozaba. No se predicaba a sí mismo, sino que anunciaba el evangelio y dirigía el mensaje a los oyentes. Se mostraba como maestro de oradores sagrados. Tenía pendientes de su labios a las multitudes<sup>87</sup>. Con sencillez y pureza de intención cautivaba los corazones, y hacía recordar a Santo Domingo o a San Vicente Ferrer<sup>88</sup>. A un cronista que se refería a los ejercicios espirituales que dirigió al clero del entorno de Organyà le faltaban expresiones para encarecerlos debidamente. Al regresar en enero de 1851 al mismo pueblo lo calificaban de «apóstol de estas montañas», y entonces esperaban su palabra con avidez y estaban pendientes de su discurso, no menos luminoso que santamente sencillo<sup>89</sup>.

Su celo le impulsaba a arrostrar toda clase de fatigas. Así lo escribían al relatar pormenores de la misión que dio en Tremp, en los meses de abril y mayo de 1850, donde prácticamente todo el clero de la comarca acudió a la predicación de los ejercicios. Fueron más de cuarenta los eclesiásticos que se reunieron, y oyeron de sus labios sublime doctrina, elocuentemente expuesta<sup>90</sup>. Para la misión de Arén decían que hablaba con verdadera maestría de las verdades eternas, y lo identificaban como hijo de Santo Domingo que ansiaba comunicar con abundancia las aguas que brotan de las cristalinas fuentes de la salvación, a ejemplo de su Santo Patriarca<sup>91</sup>. Al dirigirse en esta población aragonesa al numeroso clero participante en los ejercicios espirituales supo conciliar y hermanar la encumbrada dignidad del sacerdocio con la urgente responsabilidad de su ministerio, con tal pulso, tino, unción y fervor, que estremecía sin desesperar, animaba sin lisonjear, y endulzaba sin adular<sup>92</sup>. Cuando exponía a los fieles en general los dogmas y verdades de la religión cristiana no sólo llegaba a las inteligencias, sino que descendía a los corazones y ganaba suavemente las voluntades. Se mostraba feliz en su discurso y parecía tener en la mano el corazón de todos los oyentes para llevarlo a discreción por doquiera. Tanto a él como a sus

---

<sup>85</sup> TEST, p. 238.

<sup>86</sup> TEST, p. 432.

<sup>87</sup> Así se dice para la misión de Organyà, mayo – junio de 1849, TEST, pp. 248-249.

<sup>88</sup> *Ibid.*, p. 251.

<sup>89</sup> TEST, p. 272.

<sup>90</sup> TEST, p. 258.

<sup>91</sup> TEST, pp. 266-267.

<sup>92</sup> *Ibid.*, p. 267.

compañeros los calificaban de virtuosísimos<sup>93</sup>. En Agramunt, en marzo de 1851, comenzó la misión dirigiéndose desde el púlpito con naturalidad y viveza, con acento lleno de fuego, estilo que mantuvo en los demás sermones. Imposible, escribía un cronista, formarse una idea de la honda impresión que ya desde el primer sermón causó en los fieles. Advertían en su persona el «poder de la palabra de Dios»<sup>94</sup>.

De su trabajo en Balaguer, en los primeros meses de 1852, quedaron variados escritos. En ellos resaltaban el celo apostólico e identidad dominicana. Todo el grupo de misioneros mereció grandes alabanzas. Eran sabios y virtuosos. En menoscabo de su salud se sacrificaban para difundir la luz de la fe católica<sup>95</sup>. Nunca se había vivido nada semejante en aquella ciudad desde los tiempos de San Vicente Ferrer<sup>96</sup>. Sus ejemplos y conducta eran muy edificantes: «Duermen poco más de tres horas, de suerte que con el ímprobo trabajo y fatigas, no se puede comprender cómo viven, si no fuera [por] el auxilio y la gracia de Dios»<sup>97</sup>. En determinados momentos, y predicando en la plaza, el Padre Coll, «virtuoso orador», se conmovía profundamente, y sus ojos enternecidos derramaban las más dulces lágrimas<sup>98</sup>. En la gran plaza del mercado le oían sin dificultad, quienes ocupaban todo su espacio, las personas que se guarecían en los soportales, «desde todos los balcones y ángulos más remotos de la misma, y hasta se oía en el interior de las casas, y se llegó a oír alguna palabra desde el medio de la calle mayor y desde la mitad de la calle de abajo»<sup>99</sup>. El segundo día de pascua, en el santuario del Santo Cristo, predicó un sermón muy tierno, que arrancó del auditorio muchísimo llanto y lágrimas. Por la tarde de aquel mismo día predicó en la plaza mayor, y promovió también un llanto extraordinario<sup>100</sup>. Lo mismo sucedió en el sermón de despedida, ante un auditorio que cifraban en 14000 personas<sup>101</sup>, y algo parecido sucedió el 25 de abril en el Santo Cristo. El llanto fue tan grande que llegó «a sofocar y apagar la fuerte y entonada voz del predicador»<sup>102</sup>. Vigilaron con especial cuidado su salida de la población para despedirse de él y acompañarlo en el camino. Al pasar por los campos los jornaleros y labradores dejaban los trabajos y corrían a su encuentro para besarle la mano y despedirse, y «esto efectuaban con mucho cariño y tristeza, y algunos llorando»<sup>103</sup>.

Cuando recordaban el mes de mayo que predicó en Lérida en 1856 destacaban la claridad y fuerza de sus argumentos, y la solidez indefectible de sus doctrinas que convencieron a diversas personas de sus errores<sup>104</sup>. De la atención e interés con que lo seguía la gente es exponente, entre otras, la anécdota que refería Francisco Soler, de Moià, padre de familia que hizo de cocinero de los misioneros

---

<sup>93</sup> *Ibid.*, p. 270.

<sup>94</sup> TEST, pp. 286-287.

<sup>95</sup> TEST, p. 296.

<sup>96</sup> TEST, p. 297.

<sup>97</sup> TEST, p. 298.

<sup>98</sup> TEST, p. 299.

<sup>99</sup> TEST, pp. 308-309.

<sup>100</sup> TEST, p. 311.

<sup>101</sup> TEST, p. 313.

<sup>102</sup> TEST, p. 315.

<sup>103</sup> TEST, p. 316.

<sup>104</sup> TEST, p. 330.

por diferentes zonas. Predicaba el Padre Coll en la plaza de determinado pueblo y a ella se acercó una persona que llevaba un pesado fardo a los hombros. Quedó tan admirado y cautivado por el sermón que lo siguió todo hasta el final sin advertir el peso que soportaba, y así no pensó en dejar la carga, «cosa que llamó la atención a los circunstantes»<sup>105</sup>.

### 7.- *Predicación fructífera*

San Francisco Coll, en sintonía con cuanto quería Santo Domingo para sus comunidades, deseaba alcanzar frutos en el ejercicio de la predicación. Lo manifestó expresamente al vicario general de Lérida en 1852, cuando éste lo invitó a trasladarse a su diócesis para continuar el trabajo que realizaba en la de Urgel. Le rogaba que acudiera, pero no mencionaba en el ofrecimiento al grupo de misioneros que lo acompañaban. La respuesta que dio se halla en una de sus contadas cartas conservadas. No podía aceptar la invitación, porque —escribía— «uno solo nada puede hacer sino echar la semilla de la divina palabra, sin poder recoger el fruto; y esto es lo que importa, la experiencia me ha enseñado lo mismo, que uno solo nada hace sino fatigarse y sin fruto, lo que Usted no querrá, ni tampoco este Su Seguro Servidor»<sup>106</sup>. Esta respuesta logró que la invitación se ampliara también a sus compañeros para que predicaran en la diócesis de Lérida.

Los frutos que obtenía saltaban a la vista. Las gentes acudían en gran número a sus predicaciones, dejando a veces desiertas las localidades que ofrecía una compañía teatral, como sucedió en Gerona en mayo de 1847<sup>107</sup>. Recordaba más tarde este hecho, sin mencionarse expresamente, en unos apuntes que tomó para una sesión de conferencias morales y litúrgicas. El oratoriano P. Pedro Bach, decía, habló contra los teatros y el resultado fue la creación de una asociación para promoverlos. Otro, a saber él, no dijo una palabra contra los mismos y, predicando sobre los novísimos, vació el teatro y llenó el templo<sup>108</sup>. Se daban otras muchas manifestaciones de la aceptación de su ministerio, que no estuvo exento de contradicciones y hasta sufrió persecuciones de vario género. Algo que, por otra parte, anunciaba el Señor en el evangelio: «Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos los matarán y perseguirán» (Lc 11, 49). Urdieron atentados contra él, fue hostigado, le tendieron trampas, lo calumniaron. A veces obtuvieron órdenes de la autoridad política para que se interrumpieran las misiones, y le obligaron a predicar «de puertas adentro de la iglesia», como sucedió en Igualada, donde el alcalde le dirigió también un claro mensaje para que se marchara, obsequiándole con mendrugos de pan del todo echados a perder. Hasta en un pleno de las Cortes españolas se debatió a raíz de la misión que dio en Agramunt. Pero nuestro Santo logró superarlo todo, y con su perseverancia salvó muchas almas (Lc 21, 19).

---

<sup>105</sup> Testificación en el proceso de canonización del sacerdote Mariano Viñas Dordal, ahijado de Francisco Soler. TEST, pp. 990-991. Francisco Soler era el padre de D. Joaquín Soler, sacerdote terciario dominico que vivió con el P. Coll, y de la H. Rosa Soler, dominica de la Anunciata.

<sup>106</sup> TEST, p. 547.

<sup>107</sup> TEST, p. 568.

<sup>108</sup> Cf. Vito T. GÓMEZ GARCÍA, *Nuevos documentos pastorales inéditos del Beato Francisco Coll, O.P. (1812-1875)*, en *Escritos del Vedat* 29 (1999) 355.

La manifestación más clara de lo adecuado que era su servicio apostólico se mostraba en los cambios de conducta, en una sociedad que con frecuencia se había enfriado en la fe, cuando no apartado de la misma. Estos cambios se advertían en los sacrificios que se tomaban para recorrer largas distancias hasta alcanzar el punto en que se tenía la misión, en la espera paciente para acercarse al confesonario, en las lágrimas que manifestaban paz tras la reconciliación, restituciones de bienes mal adquiridos, represión de la usura, paces concertadas, retorno a las prácticas religiosas, frecuencia de sacramentos, perseverancia en el bien obrar, propósito de luchar contra el pecado en todos sus frentes, cambio de vida de algunos sacerdotes, reconciliación de éstos y sus feligreses, reforma de costumbres entre la juventud extraviada, que dejaban a veces a un lado las fiestas programadas para poder participar en la misión, abandono de lecturas nocivas, inscripción en asociaciones religiosas, especialmente en las cofradías del rosario, reavivando por este medio la devoción a la Santísima Virgen.

En el informe que hicieron los misioneros jesuitas PP. Vidal y Serra, destinado a las *cartas annuas*, se remontaban al novenario prolongado que predicó en Castellbò entre abril y mayo de 1849, y aseguraban que cosechó fruto abundante, «pues los hombres, ni conocían, ni daban descanso a sus cuerpos fatigados con tal de poder, por fin, acercarse a los confesonarios. No faltó tampoco alguna mujer que, tras caminar cinco leguas, permaneció en la iglesia tres días completos, contentándose con un mendrugo de pan, mientras aguardaba con toda paciencia su turno». El resultado fue que las gentes pedían por todas partes misiones para sus pueblos<sup>109</sup>. Y continuaban:

«Se dio preferencia a los más necesitados, en los que reinaba el error y el escándalo, y donde la juventud corrompida y muchas personas no tan jóvenes se desataban en invectivas contra la misión. Pero como éstos vieran que concurría una multitud de fieles, desde una dos o más leguas de distancia, a fin de escuchar la predicación, también ellos, ruborizados, comenzaban a acudir a los sermones, y así, los que antes rehusaban entrar en la iglesia, poco después, tocados sus corazones por la gracia y la palabra de Dios, corrían a porfía al sacramento de la penitencia, acusándose, no sin lágrimas en los ojos, de los ultrajes que desconsideradamente habían lanzado contra los misioneros. Así pues, por la muy numerosa muchedumbre de personas que acudía de los pueblos circunvecinos [de Organyà] para participar en los actos de la misión, acompañados de sus párrocos y recitando en alta voz el rosario, fue necesario predicar en la plaza; estos mismos una vez confesados retornaban a las 10 de la noche, aun cuando no pocos de ellos permanecieran dentro y fuera de la iglesia hasta el día siguiente, o hasta pasados tres o cuatro días, deseosos de purificar sus conciencias con la confesión»<sup>110</sup>.

En Tremp y los alrededores, en abril y mayo de 1850, descendían a dibujar un estado general de costumbres, que calificaban de bastante calamitoso, especialmente por los tiempos de guerras que habían vivido, a contar de la ocupación napoleónica a comienzos del siglo XIX. Durante años no tuvieron

---

<sup>109</sup> TEST, p. 239.

<sup>110</sup> TEST, p. 239.

misiones, y la «desmoralización y malas pasiones originadas de la guerra y perturbaciones» que habían experimentado no fue obstáculo para que se reavivara la fe de muchos. Pero los misioneros —aseguraban— no les permitían contentarse con poco, sino que lanzaban a todos por el camino de la perfección hasta alcanzar las metas más altas que pide la vida cristiana<sup>111</sup>.

«Tan heroicos esfuerzos no podían menos que ser bendecidos por el cielo. Constantemente se ha visto la ancha y espaciosa iglesia colegiata [de Santa María de Tremp] llenísima de un inmenso auditorio compuesto de todas las clases de todos los habitantes de esta villa y de los pueblos comarcanos, que se descolgaban de estas montañas para venir a escuchar la palabra de Dios y se volvían a sus casas de noche y muchas veces por caminos intransitables, a causa de la abundante lluvia con que también nos ha favorecido la Providencia. Indudablemente era siempre de cuatro mil personas, por lo menos, el auditorio ordinario, y día hubo en que no pudiéndolo contener el recinto de la iglesia, fue necesario trasladar el púlpito e improvisar un altar en una espaciosa y larga alameda, en la que a cielo descubierto se predicó la palabra divina. También en el confesonario se ha notado igual concurrencia. Han acudido a él gentes que, al decir de ellas mismas, hacía ya algunos años que no se habían acercado a recibir los Santos Sacramentos; y los cuatro misioneros y ocho sacerdotes más de esta villa y pueblos inmediatos, que han administrado el de la penitencia en todas las anteriormente indicadas horas del día, nunca han podido concluir con la gente que desde las dos y tres de la madrugada se apresuraban a tomar sitio y vez para confesarse»<sup>112</sup>.

Cuanto llevamos dicho cuadra perfectamente para las misiones y otros géneros de predicación que tuvo de manera continua. A veces lo parangonaban a otros apóstoles del tiempo, y la comparación con San Antonio M<sup>a</sup> Claret se hacía inevitable en los comienzos. Éste era cuatro años mayor que él, aunque de cursos inferiores en el seminario de Vic. Cuando predicaba en Barcelona en mayo de 1853 visitó a los familiares de su amigo fr. Francisco Vilarrasa, que echó los cimientos de la provincia dominicana del Santísimo Nombre de Jesús, en California. El padre de éste se lo notificaba con estas palabras:

«El mes de María lo predicó el Padre Francisco Coll Dominico, uno de los misioneros más celosos (segundo Claret) y predicará el Novenario de Nuestra Señora del Rosario en Montesión. Vino a vernos y está muy contento del fruto que ha hecho en ésta. Ha seguido en misiones toda la alta montaña del Obispado de Vich, Solsona, Urgel y Lérida y de que nos manifestó es muy amigo del Mons. Alemany a quién saluda como nosotros»<sup>113</sup>.

El ya mencionado vicario general de Vic y mártir, Jaime Jordi y Serra, recordaba también una visita que hizo el Padre Claret al seminario, al tiempo del comienzo de sus estudios. La conversación que sobre tal visita surgió en la casa donde se hospedaba derivó hacia una comparación con el Padre Coll:

---

<sup>111</sup> TEST, p. 258.

<sup>112</sup> TEST, p. 259.

<sup>113</sup> TEST, pp. 568-569.

«[El] patrón de la casa contendió conmigo sobre si era más santo el P. Claret como yo sostenía o si lo era el Padre Coll como a él parecía. A menudo repetía el patrono su parecer, yo creo tal vez para convencerme, añadiendo que por donde había pasado el P. Claret aún quedaba algo, pero donde pasaba el P. Coll nada quedaba para hacer al P. Claret»<sup>114</sup>.

Ambos apóstoles, se ha dicho ya, estuvieron asociados en un grupo de vida y misión. El Santo fundador de los Hijos del Inmaculado Corazón de María consiguió de la Santa Sede para San Francisco Coll el título muy apreciado de *Misionero Apostólico*.

La predicación del Padre Coll suscitaba entusiasmo en los religiosos, fieles y sacerdotes en general. Alguno hubo que, tras oírlo, se animó a sugerir su disponibilidad para prestar el mismo servicio de predicación en otra oportunidad. Efectivamente, predicó una novena al año siguiente, pero no obtuvo idéntica respuesta. Se expresaba así el sacerdote Juan Puigdollers y Ribas en el proceso de canonización:

«Recuerdo que cuando yo servía de Vicario Coadjutor en la parroquia Sta. María de Seva, el Sr. Obispo Pedro Colomer que fue de esta Diócesis con motivo de la visita Pastoral, alabando la santidad del Siervo de Dios nos dijo, que en cierta ocasión que el Padre Coll predicó en la ciudad de Gerona donde el Ilmo. Colomer había sido Profesor, él y sus compañeros de Claustro del Seminario, llevados de la fama que tenía el Padre Coll fueron al coro de la Iglesia para oír su sermón, y quedaron admirados que sin decir cosa nueva, conmovía extraordinariamente a las multitudes a la compunción. Cosa semejante me contó había sucedido en la Iglesia de Sto. Domingo de esta ciudad cuando estaba encargado de ella el Canónigo Puigdollers, quien me lo refirió, en la novena que predicó el Siervo de Dios del Santo Rosario, cuya Iglesia era incapaz para la inmensa multitud que asistió no obstante de serlo mucho. Al ver la sencillez con que predicaba, el Profesor que fue de este Seminario Dr. Tomás Bret, creyendo tendría más atracción que el Siervo de Dios, pidió al expresado encargado de la Iglesia de Sto. Domingo si le dejaría predicar la misma Novena el año siguiente, añadiendo con toda sencillez que quizás la haría con más precisión que el Siervo de Dios; pero a pesar de toda la preparación resultó un verdadero fracaso su novena, pues asistieron contadísimas personas»<sup>115</sup>.

El aludido obispo de Vic, Pedro Colomer y Mestres, lo recordó al redactar su relación para la visita «ad limina», dos años después de su muerte, en 1877, como laboriosísimo, de eximia virtud y ardentísimo celo<sup>116</sup>. En vida, el obispo de Lérida Puigllat y Amigó decía que lo recibió en el palacio episcopal con toda benignidad, porque lo conocía desde hacía muchos años y era de una conducta intachable, un dominico muy celoso y

---

<sup>114</sup> TEST, p. 861.

<sup>115</sup> TEST, pp. 854-855.

<sup>116</sup> TEST, p. 653.

laborioso y «predicador lleno de celo y moción, que hace mucho fruto en las gentes»<sup>117</sup>.

Su coadjutor y sucesor más tarde, como director general de la Congregación, fr. Francisco Enrich, trazaba una biografía rápida con motivo de su muerte para enviarla al superior general de la Orden dominicana, fr. Giuseppe M<sup>a</sup> Sanvito:

«Una vida que reflejaba y estaba adornada de celo, ora radiante en el púlpito, ora escondida en el confesonario, incansable siempre durante los 30 años que recorrió Cataluña misionando, muchas veces caminando a pie, y que hicieron su nombre popular y venerado. —Humilde por nacimiento y no menos por elección, se advertía en él despreocupación por los aplausos; y su voz atronadora cual trompeta evangélica en las iglesias rurales y en las basílicas, resonó siempre *non in sublimitate sermonis* [1 Co 2,1], sino con suma sencillez, que no cuadraría bien en otros, me atrevería a decir, característica en él. El Santísimo Rosario, lo que equivale a decir, las alabanzas a María, fue su tema inagotable. —Cuánto fuera el fruto de mies copiosa lo expresó el Ilustrísimo Monseñor Claret en términos que no se creerían, si el juicio proviniese de otro. Decía el Ilustrísimo Claret: “El P. Coll junto a mí encuentra qué espigar: yo junto a él no hallo nada para espigar”. Cuantos conocemos a estos dos héroes, no sabemos cómo admirar este género de celo y de humildad»<sup>118</sup>.

#### 8.- *Predicador de Jesucristo*

Hizo suyo el programa de San Pablo: «Predicamos un Cristo crucificado» (1 Co 1, 23). A la urgencia de siempre se añadían en aquellos momentos de guerras, odios y venganzas, de pobreza y sufrimiento, razones especiales para insistir en la pasión y muerte del Redentor. En las misiones dicen que llevaba un estandarte del «Ecce homo», que se conservó por largo tiempo en la casa madre de su Congregación, pero se destruyó en el asalto y ocupación de la misma en la persecución religiosa de 1936-1939. Posteriormente, a partir de una foto se pintó un cuadro. Se muestra en el museo que tiene dedicado en la mencionada casa. No parece que el original fuera una obra maestra del arte de la pintura, pero sí expresaba a la perfección el misterio del dolor al que el Señor se sometió libremente y por amor. La cabeza aparece coronada de espinas, la mirada expresa un sufrimiento hondo y, a la vez, denota paz y ternura. Rodea su cuello una soga, que descende y ata también las manos. El pecho y brazo derecho presentan profundas heridas de las que brota sangre. Una clámide descende de los hombros y rodea el brazo izquierdo<sup>119</sup>.

<sup>117</sup> TEST, p. 578.

<sup>118</sup> Carta del 5 de abril de 1875. TEST, p. 586.

<sup>119</sup> Al pie figura este texto: «Reproducción del Ecce Homo que el Reverendo Padre Coll llevaba consigo cuando iba a misionar». Podría recordarse la descripción que el Santo hace de la burla a que sometieron a Jesús, en *La Hermosa Rosa*: «Mira, alma piadosa, a tu amado Redentor, mírale cómo está medio desnudo, pero cubierto de llagas y de sangre, con su carne toda despedazada, tratado como si fuera un loco, con la caña en las manos, y con esta bárbara corona en su preciosa cabeza, atormentándole continuamente», OC, p. 408.



Colgado al pecho llevaba nuestro Santo un crucifijo, con el que aparece, vestido de hábito, en la única fotografía que se le conoce, ya ciego y con escasa movilidad<sup>120</sup>. Uno de aquellos crucifijos se muestra en el citado museo. Si es verdad que del cuadro del «Ecce homo» no recordamos referencias en las fuentes, de este crucifijo sí, y en varios lugares. A veces se nombra como el «crucifijo de las misiones»<sup>121</sup>. La misma H. Antonell transmitía, tomando el recuerdo de Teresa, hermana del Padre Coll, la noticia de que de tal crucifijo brotó sangre, cuando quisieron asesinar a su hermano en Artés<sup>122</sup>.

La imagen de Cristo crucificado estaba presente en la misión de Organyà mientras se predicaba en la plaza<sup>123</sup>. Predicó también en la plaza de Balaguer el sermón de despedida teniendo en una mano el santo Cristo, ante 14000 personas a las que encomendó al divino Redentor<sup>124</sup>. El sermón de la pasión de Cristo fue desde el principio hasta el final un continuo llanto del inmenso auditorio. No descuidó tampoco en esta misión celebrar una parte de la misma en el santuario tan venerado del *Santo Cristo*<sup>125</sup>. A veces se transformaba y hasta extasiaba, como le sucedió en Vilanova i la Geltrú cuando predicó del «Ecce homo». Se quedó por algunos momentos paralizado, «y admirados los oyentes, vieron que se había quedado en forma de un crucifijo»<sup>126</sup>. Cuando se enteró en Manlleu que intentaban quitarle la vida manifestó desde el púlpito que estaba pronto a darla por Jesucristo<sup>127</sup>.

Por lo que respecta al contenido de sus sermones sobre Cristo sufriente algo puede rastrearse a partir de las meditaciones que editó como comentario de los misterios dolorosos del rosario, o cuando escribió sobre las palabras que pronunció el Señor en la cruz. Ante todo evocaba los relatos evangélicos, pero proyectándolos siempre a mover a la gratitud, arrepentimiento y a servirse de los divinos ejemplos. Destacaba la oración de Jesús al Padre en diferentes momentos, el sufrimiento moral y físico, «ya que se vio afligido por un tormento tras otro»<sup>128</sup>, la traición y abandono de los discípulos, burlas e insultos, «¡un rey prisionero y atado por sus mismos súbditos!»<sup>129</sup>, indefensión, trato como a un malhechor, desprecios, y, a pesar de todo, brillaba el Señor por su serenidad y mansedumbre. Aludía a la condena, crucifixión y muerte, que ilumina la muerte del creyente.

<sup>120</sup> Así pasó a un grabado que encabeza la *Crónica de la Congregación*, escrita por fr. Lesmes Alcalde, O.P., Vich 1895.

<sup>121</sup> H. Antonell, TEST, p. 671.

<sup>122</sup> TEST, p. 677. Lo mismo las HH. Arbós, p. 689, Creus, p. 702, Font, p. 712, Miró, p. 733.

<sup>123</sup> «Un pueblo inmenso postrado, y a las veces en altas horas de la noche, ante un embajador del cielo, que con una caridad y dulzura sin igual iba desmenuzándole el precioso pan de la divina palabra, un humilde balcón convertido en púlpito, la plaza en templo, las ventanas en tribunas, un tosco cortinaje por todo ornamento, una imagen de Jesucristo crucificado». TEST, p. 251.

<sup>124</sup> TEST, p. 299.

<sup>125</sup> TEST, p. 298.

<sup>126</sup> H. Miró, TEST, p. 732.

<sup>127</sup> H. Teodora Miralpeix, TEST, p. 1137.

<sup>128</sup> OC, p. 397.

<sup>129</sup> OC, p. 400. Exclamaba: «¡Oh felices sogas! puesto que atáis a mi amado Jesús, atadme también a mí con Él; pero atadme de tal modo, que no pueda separarme nunca de su amor: atad mi corazón a su santísima voluntad, de modo que de hoy en adelante no quiera otra cosa que lo que mi divino Señor quiere: atadme para que apresado por el amor de Dios, sepa callar ante las palabras injuriosas, como lo hacía el buen Jesús, y sepa sufrir las mayores afrentas por su amor».

Utilizaba un estilo muy vivo, centraba la atención en Cristo y descendía a entablar un diálogo continuo con los lectores para invitarlos a contemplar cada momento de la pasión.

Pero no redujo la predicación sobre Cristo a presentar la pasión. Se extendió a su vida, que es toda redentora. Estimaba que la encarnación se orienta ya claramente a conseguir la elevación de la humanidad. El móvil de la misma es un designio inefable del amor de Dios<sup>130</sup>. Este amor es incapaz de permanecer ocioso ni por un momento, una vez que el Verbo asume la condición humana en la pobreza más desconcertante<sup>131</sup>. Cristo se asemeja en todo a sus hermanos, menos en el pecado. Es la inocencia y santidad personificada. Purifica de todas las culpas. El hogar de Nazaret fue espacio de obediencia y sumisión<sup>132</sup>. La resurrección comunica la vida de Dios a los redimidos, para que así viva en ellos el Salvador. María contempla con gozo incomparable a su hijo resucitado, glorioso y triunfante de la muerte. El camino de la cruz y penitencia conduce a resucitar con Cristo a la vida de la gracia, y a participar del verdadero consuelo y de sus glorias. Por su propia virtud asciende al cielo y abre las puertas que el pecado había cerrado. Allí prepara tronos de gloria con el precio infinito de su sangre. Envía su Espíritu para comunicar inestimables dones, gracias y consuelos<sup>133</sup>.

Centro del misterio de Cristo es la Eucaristía, y hacia ella enfocaba la reflexión y la práctica cristiana. Su costumbre diaria desde que fue nombrado para ayudar en la parroquia de Moirà era celebrar la misa y meterse después en el confesonario<sup>134</sup>. Se preparaba con un gran rato de oración, que hacía de rodillas, y lo mismo realizaba para dar gracias<sup>135</sup>.

«El fervor con que celebraba la Misa, le hacía parecer como extasiado; la decía con pausa, pero sin pesadez, extendiendo los brazos con visible devoción, tanto, que las gentes durante las Misiones preferían su Misa a la de sus compañeros»<sup>136</sup>.

Brillaba sobremanera por el espíritu y fervor con que la celebraba. En sus visitas al sagrario permanecía delante del altar por mucho tiempo y sin moverse<sup>137</sup>. Quiso firmar la *Regla* de las hermanas con el tabernáculo abierto y apoyando el manuscrito sobre el altar<sup>138</sup>. Orientaba las misiones de manera particular a reavivar la fe del pueblo en la Eucaristía. Lo preparaba para una fructuosa celebración de la penitencia y organizaba comuniones generales, en las que participaban a veces miles y miles de personas. Los actos de la misión

---

<sup>130</sup> OC, p. 441.

<sup>131</sup> Éste era su modo de expresarse: «Contempla cómo nació de María, en el desabrigo del portal, delicado y pequeño infante, este Dios tan grande, que no cabe en el cielo ni en la tierra; cuán empequeñecido un Señor inmenso, y cuán paciente y benigno el que antes se llamaba Dios de las venganzas». OC, p. 442.

<sup>132</sup> OC, pp. 443-444.

<sup>133</sup> OC, pp. 447-448.

<sup>134</sup> H. Antonell, TEST, p. 673.

<sup>135</sup> H. Arbós, TEST, p. 685.

<sup>136</sup> H. Ribas, TEST, p. 758.

<sup>137</sup> HH. Buenaventura Padrós, Ignacia Sansi, Margarita Santaeugenia, TEST, pp. 740, 768, 770.

<sup>138</sup> H. Antonell, TEST, p. 677. Lo mismo asegura la H. Masferrer, TEST, p. 729.

concluían con una muy solemne procesión por las calles, remedando la anual del *Corpus Christi*, pero sobrepujándola. El cronista de Balaguer, por ejemplo, confesaba que no se había visto nunca una procesión tan lucida, en la que no faltaba el adorno de las casas, calles enramadas, colocación de altares, despliegue de estandartes, cantos escogidos, bandas de música, volteo o repique de campanas, acompañamiento de luminarias. El Padre Coll solía officiar de preste, revestido de capa pluvial, y le acompañaban con dalmáticas dos misioneros del equipo<sup>139</sup>. El P. Enrich afirmaba cuando comunicó su muerte al superior general de la Orden, que sus «delicias» estaban centradas en la Eucaristía, y tuvo que sacrificarlas por la enfermedad, al no poder celebrar en los tres últimos años de vida, a partir del 6 de febrero de 1872<sup>140</sup>.

En el sacrificio de la misa, entonces oficiada en lengua latina que, naturalmente, no entendía el común de los participantes, animaba a meditar los misterios de la redención, también valiéndose del rosario<sup>141</sup>. Explicaba al pueblo lo que significaban las ceremonias, objetos de culto, vestiduras sacerdotales, porque el sacerdote «representa a Cristo en su Pasión sagrada [...] que se ofrece nuevamente al Eterno Padre en sacrificio por nuestro amor»<sup>142</sup>. Todos los asistentes han de estar atentos para ofrecer el santo sacrificio, en comunión con la pronta y entera voluntad con que Cristo se ofreció a padecer y morir por amor a la humanidad. Los pensamientos han de elevarse a Dios, apartándolos de lo terreno, y así unirse, con atención y humildad, a la oración del Señor. La paz de Cristo resucitado desciende sobre los que toman parte en la Eucaristía. En el *Agnus Dei* se proclama que ha ascendido a los cielos para ser el abogado del pueblo adquirido con su sangre, por el que no cesa de interceder desde la gloria<sup>143</sup>.

Con insistencia exponía que la misa es el sacrificio del cuerpo y la sangre de Jesucristo, y los fieles deben ofrecerlo en reconocimiento del señorío que ejerce sobre los creados y rescatados con su poder salvador. Es, asimismo, acción de gracias por los beneficios que otorga a los individuos y a la entera creación. Es satisfactorio por los pecados personales y por los de todo el mundo, y expiatorio por las almas del purgatorio. En el santo sacrificio se intercede, asimismo, por la conversión del género humano, y para alcanzar perseverancia<sup>144</sup>. Agrada sobremanera a Dios la participación frecuente en la misa, y es de gran utilidad. Lugar muy apto para prepararse a la celebración es delante del sagrario, y allí humillarse para pedir perdón y gracia. A lo largo de la celebración invitaba a meditar los misterios de la pasión del Señor, y a suplicar las gracias más

<sup>139</sup> Ver, por ejemplo, TEST, pp. 312-313.

<sup>140</sup> Carta del 5 de abril de 1875, TEST, p. 587. De diciembre de 1869 a abril de 1870 se halló de tal modo condicionado por un ataque de apoplejía que no pudo celebrar, pero a partir de la última fecha hasta febrero de 1872 celebró asistido por un sacerdote.

<sup>141</sup> Así en *Escala del cielo*, OC, p. 579.

<sup>142</sup> *Ibid.*, OC, p. 580. Cuando, dentro de la explicación de las ceremonias de la misa, llegaba al evangelio, escribía: «El Evangelio significa la predicación de Cristo. Para decir el Santo Evangelio se pasa el Misal de la derecha a la siniestra; para significar que Cristo Señor nuestro iba de unos pueblos a otros predicando el Santo Evangelio. Cuando se dice el Santo Evangelio estamos en pie, para significar la presteza con que debemos obedecer a la ley de Cristo Señor nuestro. Dicho, se hace una inclinación de cabeza en reverencia de tan santa doctrina. Concluido el Evangelio, responde el ayudante: *Laus tibi Christe*; denota con estas palabras, la acción de gracias de los circunstantes por la celestial doctrina que se nos ha enseñado». *Ibid.*, p. 582.

<sup>143</sup> *Escala del cielo*, OC, pp. 583-584.

<sup>144</sup> *La Hermosa Rosa*, OC, p. 396.

convenientes<sup>145</sup>. De la consideración de las actitudes de María para con su Hijo tomaba pie para exhortar a una buena recepción de la sagrada Eucaristía<sup>146</sup>. Animaba a recibirla con el mismo amor con que se acercaron a ella Santo Domingo, «mi amado Padre», como repetía con frecuencia, San Luis, San Vicente, San Felipe, Santa Rosa, Santa Catalina y, por encima de todo, con el amor con que acogía a su Hijo María Santísima<sup>147</sup>.

#### 9.- *Las «alabanzas de María, tema de predicación inagotable»*

En estos términos se expresaba fr. Francisco Enrich al resumir su incansable predicar durante más de treinta años. Fue muy devoto de María desde la infancia. La Santísima Virgen le llevaba por el camino de Jesucristo, particularmente en la meditación de los misterios del rosario. Tal devoción fue creciendo en él desde las etapas formativas, en el seminario y en la vida religiosa. En los años de estudiantado lo recordaban con el rosario en la mano, como manifestación de su gran amor a María<sup>148</sup>.

En la actividad apostólica fomentó la práctica de dedicar el mes de mayo en honor de la Madre de Dios, y el de octubre más particularmente a fomentar la devoción del rosario. Renovó cofradías, estableció el rosario perpetuo, e inscribió en estas asociaciones a miles de personas. Con justo título se le conoce como «apóstol del rosario» en la Cataluña de su tiempo.

A este respecto se podría recordar la predicación que tuvo en el mes de mayo de 1846 en Sant Martí de Ssegayoles, cerca de Calaf (Lérida), donde inscribió en la cofradía —tenía especial predilección por la del rosario perpetuo— a más de mil personas. El mencionado fr. Domingo Coma escribía que en los sermones prefería la misericordia, y para animar a la perseverancia, excitaba a la devoción del rosario, alistando a millares en el perpetuo. Añadía que la última vez que lo vio en Barcelona continuaba con la costumbre de llevar la corona del rosario en la mano<sup>149</sup>.

Las crónicas de sus misiones ofrecían múltiples detalles sobre el modo de fomentar esta devoción mariana. A veces refería anécdotas sobre su eficacia, o invitaba a los viajeros de los carruajes a rezarlo. Llevaba un estandarte donde se representaba la Virgen del Rosario, el estandarte de la «Virgen Misionera». Su compañero de equipo, Isidro Dalmau, escribía:

«Entrábamos en los pueblos con un estandarte de la Virgen del Rosario (se conserva en Vich y lo usa el Rosario de la Aurora)<sup>150</sup>, y

<sup>145</sup> *Ibíd.*, OC, pp. 434-435.

<sup>146</sup> *La Hermosa Rosa*, OC, pp. 493-514.

<sup>147</sup> *La Hermosa Rosa*, OC, p. 507.

<sup>148</sup> Fr. Domingo Coma, TEST, p. 697. Así lo recordaba en Moirà la H. Antonell, TEST, p. 676, y la H. Arbós, cuando se refería a sus viajes, TEST, p. 680.

<sup>149</sup> TEST, p. 699. Con relación a la misión de Arén (junio de 1850), escribía el cronista: «Despliega [el P. Coll] los labios encomiando el Santísimo Rosario, y 3.633 [personas] toman cédula de día y hora inscribiéndose y consagrándose siervos de María Santísima». TEST, p. 270.

<sup>150</sup> Se perdió durante la persecución religiosa de 1936 a 1939, pero puede verse una reproducción en el museo del P. Coll en Vic.

rezando tan santa devoción nos dirigíamos a la iglesia, y el buen P. Coll, desde el púlpito, anunciaba la hora de la procesión por la noche y el orden de las funciones de la santa Misión»<sup>151</sup>.

Al son de una campanilla que recorría la población se invitaba a los fieles a madrugar para el rezo del «rosario de la aurora» por las calles. Una multitud solía secundar la llamada<sup>152</sup>. En Balaguer todos los días que duró la misión se cantaba una hora antes del amanecer el rosario por casco urbano<sup>153</sup>. Las gentes acudían en gran número a la población en que tenían lugar los actos misionales. Llegaban en procesión cantando el rosario, portando estandartes y hasta imágenes de la Virgen del Rosario<sup>154</sup>. Un cronista de la mencionada misión de Balaguer recordaba cómo se llenaba todas las tardes la iglesia de Santa María, construida en la parte alta de la antigua fortaleza que domina la ciudad. Los domingos se predicaba en la plaza principal:

«Da gusto y estremece ver cómo llegan siete pueblos de una, dos y hasta tres horas de distancia, cantando el Rosario, con sus pendones, sus párrocos y los ayuntamientos para oír los sermones; y algunas tardes el P. Coll promueve un llanto general»<sup>155</sup>.

La predicación propiamente tal en los días de labor iba precedida, antes del amanecer y al atardecer, por el rezo del rosario. Una vez concluido se tenía la misa, si era por la mañana, o, si era por la tarde, plática doctrinal y sermón que duraba unos tres cuartos de hora<sup>156</sup>. El rosario se rezaba de manera pausada ante la imagen de la Santísima Virgen colocada bajo dosel, en un altar profusamente adornado de flores y luces<sup>157</sup>. Al suscitarse un debate en las Cortes generales a raíz de la misión de Agramunt, señalaba un cronista que las únicas armas que utilizaban los misioneros eran el crucifijo y el rosario<sup>158</sup>. Al despedirse de los habitantes de la ciudad de Balaguer se comenzó por el rezo del rosario. A la gente que lo acompañó a la salida de la población les recomendó que volviesen a sus casas cantando el rosario<sup>159</sup>. Un fruto de la predicación era la perseverancia en esta plegaria<sup>160</sup>. Sus compañeros jesuitas escribían:

«Para el futuro, sin embargo, brilla una esperanza cierta de cosechar frutos más copiosos, pues permanece arraigada todavía en los

---

<sup>151</sup> TEST, p. 704.

<sup>152</sup> TEST, p. 242.

<sup>153</sup> TEST, p. 254.

<sup>154</sup> «Los pueblos comarcanos acuden procesionalmente guiados por su pastor, entonando devotamente el Santísimo Rosario, y en verdad que a la hora de principiar la ceremonia, la plaza de Balaguer ofrece una perspectiva alegre, consoladora y pintoresca, porque además del motín de gente que hay agolpado a los pies del altar provisionalmente construido, se ven apuntar a veces por los cuatro ángulos, cuatro diferentes estandartes a los cuales siguen con una devoción y compostura admirables todos los feligreses de una parroquia que distará tal vez tres horas de ésta. Detrás de una procesión viene otra, habiendo venido hasta el número de ocho en una sola tarde». TEST, p. 295-296.

<sup>155</sup> TEST, p. 297.

<sup>156</sup> TEST, p. 254.

<sup>157</sup> TEST, p. 266.

<sup>158</sup> TEST, p. 281.

<sup>159</sup> TEST, p. 316.

<sup>160</sup> TEST, p. 242.

pueblos una fe firme y una devoción extraordinaria a la Madre de Dios, de la que existe prueba preclara en todos, en la recobrada costumbre de rezar diariamente el rosario en familia»<sup>161</sup>.

Distribuía rosarios en las misiones y los bendecía al final de las mismas<sup>162</sup>. No se olvidaba de encomendar a los cofrades del rosario difuntos, y organizaba sufragios en su favor<sup>163</sup>. En la ciudad de Barcelona predicó con toda solemnidad la novena del rosario en 1853<sup>164</sup>. Para fomentar la devoción del rosario, principalmente, compuso sus obras de devoción tituladas *La Hermosa Rosa*<sup>165</sup>, y *Escala del cielo*<sup>166</sup>, que repartía generosamente para que las tuvieran en los hogares. Se ha conservado también un sermón que escribió para predicar a los devotos del rosario en Moia<sup>167</sup>.

Este sermón se cierra con una gran ponderación del rosario, texto que prometíamos más arriba. Escribía de este modo:

«¡Oh Rosario! Tú eres un libro, breve sí, pero que enseña lo más santo y lo más sagrado de nuestra Religión, tú eres un arca que ocultas un tesoro riquísimo digno de que todos los hombres lo busquen con gran ansia. Tú eres un regalo del Cielo que nos descubres los elementos de la Religión, los principios, los motivos, y la práctica de todas las virtudes. Tú nos introduces en la fe, alientas nuestra esperanza, y nos enciendes en caridad, y amor hacia aquel Dios que tanto se dignó hacer y padecer por nosotros. Tú despiertas a los somnolientos, caldeas a los tibios, empujas a los perezosos, sostienes a los justos, conviertes a los pecadores, reduces, o confundes a los herejes, espantas al demonio, haces temblar al infierno, o, por decirlo mejor, eres una devoción que incluyes y contiene todas las demás devociones»<sup>168</sup>.

Transmitió a su alrededor esta devoción que tenía muy profundamente arraigada. Hacía un resumen de la misma el autor de una necrología del sacerdote José Nofre, que misionó por la diócesis de Urgel con nuestro Santo:

«Queremos añadir aquí un hecho maravilloso de su vida, que podemos reconocerlo como un favor especialísimo que le hizo la Sma. Virgen María, premiándole ya en vida los muchos sermones que predicó en alabanza suya. Como Dominico, era el P. Coll devotísimo del Santísimo Rosario; le oímos una vez predicar el sermón del Rosario, teniéndolo en sus manos como acostumbraba, en la Dominica primera de Octubre; y era

<sup>161</sup> TEST, p. 244. «Han quedado muy buenos sentimientos en las personas; se continúa rezando todos los días el Santo Rosario y practicando otras devociones que enseñaron los Padres Misioneros, de palabra y por medio de estampas, libritos y demás que repartieron con profusión entre enfermos y presos», p. 315.

<sup>162</sup> TEST, pp. 288 y 301.

<sup>163</sup> TEST, p. 269.

<sup>164</sup> TEST, p. 216.

<sup>165</sup> OC, pp. 379-550.

<sup>166</sup> OC, pp. 551-584.

<sup>167</sup> Cf. nuestra edición: *Nuevo sermón inédito del Beato Francisco Coll, O.P. (1812-1875)*, en *Escritos del Vedat* 27 (1997) 375-392.

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 392.

tanto el fervor y celo con que ponderaba la excelencia de esta devoción, que verdaderamente conmovía y obligaba al auditorio a rezarla todos los días. Pues bien: su última enfermedad fue un ataque apoplético que poco a poco fue minando su existencia, llegando a quitarle por completo el conocimiento, si bien conservó el uso de la palabra. En este triste estado en que permaneció por algún tiempo, bastaba hacer en su presencia la señal de la Cruz y comenzar el Sto. Rosario para que el paciente siguiese rezando todo el Rosario sin discrepar ni una salve ni una santa, ni una sola palabra, quedando después como antes sin conocimiento; y esto aconteció hasta los últimos días de su vida. Y ¿quién no ve en todo esto el sello divino del hombre apostólico, que recorrió como el divino Maestro los pueblos y ciudades predicando verdades eternas, convirtiendo a los pecadores y publicando las glorias de la Madre de Dios y de los hombres?»<sup>169</sup>.

Con estilo persuasivo aseguraba a las hermanas de su Congregación que, si eran dignas seguidoras de Jesucristo y mantenían la práctica del rosario —que se lo dejó como rezo cotidiano dividido en siete partes— no cesarían de extenderse por el mundo entero<sup>170</sup>.

Animaba al rezo del rosario para confortar a los moribundos. Esto pedía especialmente a los parientes y amigos, en lugar tal vez de importunar al agonizante con un llanto imprudente y palabras indiscretas. Era más apropiado empeñar la clemencia de la que es consuelo de los afligidos<sup>171</sup>.

Contemplaba a María inserta en el misterio de la Trinidad, hija del Padre, madre de Dios Hijo, esposa del Espíritu Santo, templo, sagrario y trono de la Santísima Trinidad. Es la reina del cielo y la tierra, virgen y madre del creador, madre de Jesús y de los pecadores. A su poderosísima intercesión encomendaba la paz y concordia entre todos los pueblos, exaltación de la fe católica, difusión de la Iglesia, conversión de la humanidad, liberación de los retenidos en el purgatorio, perseverancia y aumento en la virtud<sup>172</sup>. En María, ciertamente, se hallan todas las virtudes pero, siguiendo la meditación de los misterios del rosario, resaltaba algunas en especial: la humildad, que brota de la plenitud de gracia y prepara la encarnación del Verbo y su exaltación a la dignidad de Madre de Dios, la delicadeza en la obediencia por la que se somete a lo que Dios dispone, caridad y fervorosa diligencia, pobreza, espíritu de oración con el que entra en comunión con el misterio de la redención y la convierte en animadora de la fe de los Apóstoles en la espera pentecostal. María tenía perfecto conocimiento de la misión de su Hijo, participaba de sus alegrías y sufrimientos, y así recogió la última mirada del Señor crucificado.

---

<sup>169</sup> TEST, p. 216.

<sup>170</sup> *Proyecto de Constituciones*, en OC, p. 195.

<sup>171</sup> *La Hermosa Rosa*, en OC, p. 543-544. Continuaba desarrollando su exhortación: «Ésta misma práctica de rezar el santísimo Rosario seguirán los terciarios y terciarias del Padre Santo Domingo, en la iglesia o bien en la casa del mismo moribundo, cuando haya alguno de ellos que se encuentre en la agonía. ¿Cómo será posible, que la Madre de misericordia deje de oír propicia las súplicas de los que tantas veces le repiten *rogad por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte?*». *Ibid.*, p. 544.

<sup>172</sup> *La Hermosa Rosa*, en OC, p. 451-452.

El gozo de María fue como un abismo de satisfacción en la pascua, testigo de la ascensión, momento que preludia su propia asunción a los cielos, inflamada en ansias de gozar de la compañía de su amantísimo Hijo: «Considera que a vida tan santa había de seguir una muerte tan dichosa»<sup>173</sup>. Al tercer día fue llevada en cuerpo y alma a los cielos y coronada por la Trinidad como recompensa de sus virtudes, convertida en dispensadora de todas las gracias, abogada y madre intercesora, a quien hay que pedir, sobre todo, crecimiento en virtudes y méritos<sup>174</sup>.

\* \* \*

### *Conclusión*

En verdad que no ha resultado fácil compendiar un aspecto tan relevante como es la identidad y proyección evangelizadora de San Francisco Coll. Pero había que intentarlo en esta oportunidad, aún tan cercana al momento en que Benedicto XVI se dignó agregarlo al catálogo de los santos, para honor de la Santísima Trinidad, exaltación de la fe católica e incremento de la vida cristiana. El conjunto del Pueblo de Dios tiene derecho a conocer más y más esta figura entregada por Dios al conjunto del Cuerpo Místico de Cristo en un momento histórico que Él ha elegido. Cada uno de los tres estados que integran la Iglesia, jerarquía, religiosos y seculares pueden beneficiarse de su testimonio de fe y magisterio.

Para quienes han recibido el orden sacerdotal, el nuevo Santo se presenta como modelo de cómo puede llevarse a la práctica el compromiso adquirido en la ordenación: ofrecer el sacrificio de Cristo, bendecir, presidir al Pueblo y predicarle las verdades que iluminan en su globalidad la vida del creyente. Todo esto realizó nuestro Santo en sintonía, subordinación y colaboración con el orden episcopal. Los obispos así lo apreciaron y hasta lo consignaron en algunos de los informes que elevaron a la Sede Apostólica, en especial, con motivo de las llamadas «visitas ad limina». Estimaron ellos que fue laborioso en grado superlativo, a la vez que una persona de eximia virtud y de máximo y ardentísimo celo, desplegado de manera continua en el ministerio de la predicación y del confesonario. Se comportó con los sacerdotes como un hermano solícito de su bien, apóstol infatigable, consejero y animador en todo momento. Éstos pedían su parecer y aliento, y se convertían de buen grado en sus colaboradores.

Con amor inquebrantable correspondió a la gracia de la vocación al estado religioso y, aunque con obstáculos aparentemente insalvables, llevó a la plenitud las exigencias de su identidad dominicana, sin convento y sin hábito desde los 23 años de edad. Esto, sin embargo, no fue óbice para que brillara en el firmamento de los hijos de Santo Domingo como uno de sus más heroicos seguidores, en la pobreza radical, austeridad de vida, predicación itinerante, valoración del estudio, oración contemplativa alimentada por la Palabra de Dios y la Eucaristía, devoción a María, amor por la justicia y la paz, constructor de vida comunitaria como alma

<sup>173</sup> *La Hermosa Rosa*, en OC, p. 450.

<sup>174</sup> *Ibíd.*, OC, pp. 450-451.



de la misión, búsqueda de su prójimo para distribuirle los tesoros de la doctrina y la gracia. Dominico de cuerpo y alma, procuró el desarrollo de nuevas ramas en el secular árbol de la familia de los Predicadores. A este respecto no se limitó a proferir lamentos por los destrozos que causaron los vendavales de la persecución en el conjunto de la vida religiosa, y en la suya en concreto, sino que injertó un nuevo tallo en la misma y lo atendió con esmero, convirtiéndolo en la primera Congregación de dominicas en el ámbito hispano. Su misión, con toda claridad indicada, consiste en el *servicio en la mesa de la doctrina* —como diría Santa Catalina de Siena— tanto en lo que se refiere a proyectar luz hacia las verdades a profesar, como en la manifestación de la senda que se configura en conformidad con la ley de Cristo. Servicio, en una palabra, en el ámbito de la teología dogmática y de la moral fue el que señaló como objetivo a su grupo de educadoras y predicadoras.

Las familias, asociaciones, la sociedad entera, el mundo rural y de la incipiente industria, los artesanos, comerciantes, transportistas, el campo del trabajo en general, los niños y jóvenes, ancianos y enfermos, los privados de libertad, los pobres, gozaron de su predilección. Esto explica la facilidad con que sintonizaba con todos. De él puede decirse cuanto afirmaban de Santo Domingo sus contemporáneos: *Como amaba a todos, de todos era amado*. A los seculares ayudó a descubrir la llamada recibida de Dios hacia la perfección de la vida cristiana. La perfección en su estado es la cumbre para escalar. No pretendía halagar los oídos de nadie, y por esto le persiguieron en ocasiones, pero, a la hora de la verdad, los perseguidores se convirtieron en seguidores, después de buscarlo para reconciliarse con quien les ofrecía la verdad y la vida a la que, en definitiva, les incitaba la parte noble de su alma. Hacia el mundo de los seculares, señaladamente los más necesitados, hacia la formación integral de la mujer orientó las escuelas que atendía su Congregación. Quiso que las niñas y jóvenes que las frecuentaran se convirtieran en fermento dentro de una sociedad renovada. Por derecho, el campo de irradiación de su Instituto religioso es la tierra entera. Lo será de hecho, escribía, si sus miembros integrantes seguían fielmente tras las huellas de Cristo y de María.

La Iglesia tiene un nuevo Santo en el calendario litúrgico, cuya fiesta se celebra el 19 de mayo, día del aniversario de su nacimiento a la vida de Dios por el bautismo, sacramento que recibió al día siguiente de su venida al mundo en 1812, prácticamente hace ya doscientos años.